

REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe:

V. CALVO-ACACIO

CÉSAR JUARROS

CRÓNICA

Un viento invernal llegado de muy lejanas tierras reinó estos días en Valencia. Era frío, muy frío, como el que mueve las copas de los cipreses en los cementerios, como el que sopla en las naves de las iglesias abandonadas, como el que azota los rostros de los viajeros perdidos entre las nieves de las sierras, como la muerte, como la soledad.

Traía sus alas plateadas por el hielo y la escarcha, venía cansado de jugar entre los riscos con los albos copos, y en su aliento había mil amenazas de martirios, de dolores, de sufrimientos para los pobres, para los que duermen sin abrigo, para los que apenas comen, para los que esperan el sol como su único consuelo, para los vencidos y los tristes.

Era irreverente y burlón; por el alba juguetaba con el manteo de los pobres sacerdotes, que, viejos, cansados, vacilantes, torpes en el andar, con la mirada reposada y fija, respirando hondamente, hacían extrañas contorsiones para defender el agradable calorillo de su cuerpo. Gustaba de levantar y revolucionar las faldas de las mujeres, mostrando una extraña confusión de púdicas intimidades, be-

llezas enloquecedoras unas veces, pingajos descoloridos cubriendo carnes arrugadas otras; junto al encanto sano y sugestivo de las jóvenes, la ridiculez mansa y penosa de las viejas que no quieren serlo en lucha inútil con el tiempo; la ira frente á la resignación, el íntimo contento de poderse atraer admiradores sin peligro para la conciencia al lado de la doliente vergüenza de no poder ocultar la miseria. Implacable, inflexible, nada respetaba, era curioso, amigo de conocer secretos ajenos; figoneador, se introducía en los hogares, pasando por las rendijas, por las hendiduras, por las roturas de las puertas de las ventanas, por los huecos de las cerraduras, por entre los espacios de los goznes, siempre altivo, vencedor, satisfecho, entonando agudas y burlescas canciones, haciendo crujir de impotente rabia las viejas maderas carcomidas, rechinar á los cerrojos, gemir á los cristales, agitando con tristes balanceos de una lentitud pesada y necia, tapices, cortinas, portieres, visillos, colgaduras, todo ese mundo de lana, de seda, de algodón, multicolor y complejo, que pende de las paredes con la descorazonante impasibilidad de todo lo que no vive. Una vez dentro, aumentaban sus diabluras; en los despachos apagaba las luces, arrebatava las cuartillas, pasaba las hojas de los libros, lanzaba

contra el suelo los periódicos; en los comedores enfriaba los guisos, sacudía sobre ellos el polvo de las lámparas, deshojaba cruel las últimas rosas de los floreros, se llevaba los aromas; en las alcobas, colándose por bajo las ropas, ponía en los cuerpos escalofríos y temblores, alejando el sueño, obligando á rigideces de estatua para conservar el calor; en la cocina, silbando en el cañón de la chimenea, cual nuevo Pan, raras melodías, que oídas á distancia traían á la memoria de los niños, de los viejos, de los débiles, misteriosas y mágicas leyendas de horribles aventuras.

Era demócrata, á todos trataba por igual; lo mismo se apoderaba de la reluciente chistera de un magistrado, haciéndola rodar por el suelo hasta sumergirla en un charco, que de la remendada y raida boina de un obrero.

Tenía instintos de artista y en todos por cuantos lugares pasaba ponía un vago y melancólico encanto, plagando de ecos el misterio de los palacios, de las catedrales, de las antiguas mansiones, hoy día deshabitadas, evocando raros ruidos, reviviendo añejos lances de amor y de fortuna, haciendo brotar á su paso una extraña multitud de sonidos, ayes sin consuelo, risas discretas, suspiros de enamorada, quejas de amantes ideales, trovas, besos embriagadores, arpegios de órganos, sonoridades de laúd, todo un desfile de leyenda y poesía. Jugaba con los árboles entrelazando sus ramas, desprendiendo las últimas secas hojas, que iban cayendo como muertas mariposas. Rizaba caprichoso é infantil las antes reposadas aguas del río, flagelaba las vidrieras, hacia oscilar en dislocado baile la llama del gas de los faroles, dibujando sobre el suelo sombras y más sombras, largas unas, cortas otras, cambiándolas de forma sin descanso.

Por todas partes iba dejando un no sé qué de vida, á cuyo esotérico conjuro todo revivía moviéndose, agitándose, como si en el fondo de las cosas despertasen dormidas energías, sacudiendo el sepulcral polvo de los años.

Yo le bendecí al verle llegar. Helando los cuerpos, encendía en las almas multitud de anónimos deseos, ponía amores en el ambiente,

y á su arrullo veían claro los cerebros y nacían nuevas ansias de cariño. Encerraba á las gentes en las casas, y al suave y místico calor del hogar nacían desconocidas ternuras y bondades.

Era el suyo un interminable concierto de chirridos de puertas, de gemires de ventanas, de aleteos de papeles, de murmullos de hojarasca, de silbidos de rendija, de rugidos que traía á los espíritus una noble ambición, la de unirse, la de estrecharse, y uniéndose y estrechándose, comunicarse más hondamente las almas.

El afecto parece reclamar el frío. Un buen fuego hace benévolos á los humanos cuando sobre la fría tristeza de los campos, en las noches de luna, cabalga el viento helando los arroyos, alrededor de las antiguas cocinas respírase una dicha tolerante que empapa todos los ánimos.

Para ser feliz hace falta un cierto desacuerdo entre el individuo y el medio. La felicidad estriba casi siempre en sustraernos á la acción de la atmósfera en que nos vemos envueltos, tanto física como moralmente. ¡Bandito el viento! Oyéndolo se desvanece por unas horas el conocimiento de la horrible existencia individual.

LITERATURA EXTRANJERA

J. M. BALDWIN

EL SENTIMIENTO

ESTÉTICO (1)

En la belleza, los elementos de lo que llamamos el ideal parecen estar al principio más plenamente manifestados. La más ligera observación de las cosas bellas basta para explicar la necesidad de unidad y variedad en la forma. No hay belleza cuando la unidad es absoluta y sólo cuando es posible la coordinación en un grado tal que permita la distinción

(1) De una *Psicología* que publicará en breve el editor de *La España Moderna*, traducida por Edmundo González-Blanco.

entre la variedad que es unidad, que tiene un plan, y la variedad que es multiplicidad, que no tiene plan, es cuando ese sentimiento nace. Es igualmente evidente también que la significación contribuye al efecto estético. La belleza de un paisaje es fría y puramente formal mientras no se le añade el humo de la cabaña de un campesino ó la espadaña de una iglesia aldeana para darle un toque de interés humano. La verde aldea tiene más significación que los Alpes cubiertos de nieve. Y además sentimos la esencial comunicabilidad, universalidad y validez de toda belleza. Espero un rostro para apelar á vosotros como apelo á mí. Aunque toda belleza tiene carácter ideal y es por esa razón conceptual, sin embargo, bueno es distinguir dos clases de emoción estética: la que está asociada á una experiencia más sensible y es casi exclusivamente *formal* y la que va unida á experiencias más representativas, en cuanto que tiene significación. Según Wundt, la primera puede llamarse sentimiento estético *inferior* y la segunda sentimiento estético *superior*.

I. *Sentimiento estético inferior*. Es difícil determinar cuándo el sentido de lo bello comienza en la vida infantil. La expresión de ese sentido es durante mucho tiempo sencillamente la expresión del placer (sonrisa, movimientos musculares activos, etc.), y la suposición es que el simple placer es todo lo que hay que expresar. Sin embargo, examinando los efectos que producen sobre el niño objetos por otra parte indiferentes, pueden aislarse las expresiones debidas á la forma. El carácter objetivo de las impresiones estéticas nos induce á considerar la vista y el oído, los sentidos más presentativos, como los órganos exclusivos de la belleza sensible. La forma objetiva de los sonidos es el tiempo y las de la vista son el tiempo y el espacio. El elemento formal, por consiguiente, es en todo sentimiento estético la unidad y la variedad en las relaciones del tiempo y del espacio. Además, en el tiempo y en el espacio puede hacerse, siguiendo á Hodgson, una división entre relaciones estáticas y dinámicas. Los sonidos que ocurren simultáneamente y las relaciones

especiales que se perciben como estacionarias, se llaman estáticas; los sonidos que se siguen uno á otro y las relaciones de espacio que cambian por medio del movimiento físico son dinámicas. Las palabras generalmente empleadas para estas dos cualidades son el *reposo* y el *movimiento*.

Por lo que respecta á las relaciones de tiempo, la música es la explicación más pura y más adecuada. En la cuerda se manifiesta la cualidad estática. La variedad de tonos auxiliares se mantiene en una unidad dominada por el fundamental. El simple tono en los instrumentos ordinarios es además un efecto estático, puesto que en él hay también una variedad de tonos secundarios que le dan su timbre peculiar. En general, la *harmonía musical* es la forma estática de la estética del tiempo. El elemento dinámico en el sentimiento estético de las relaciones de tiempo lo presentan el ritmo, las transiciones complejas, el compás, la medida y el movimiento. Presenta la formación y resolución de armonías en una serie de efectos, que se unen en la corriente de la composición como un todo ó de partes de ella. Este aspecto dinámico de la cuestión se conoce en música con el nombre de *melodía*.

Con respecto á las relaciones de espacio, es igualmente manifiesta la distinción entre lo estático y lo dinámico, entre el reposo y el movimiento. La belleza arquitectónica es un ejemplo de lo primero; la belleza de las ruedas en movimiento, de los pájaros volando, de las intrincadas evoluciones del baile y del ejercicio son ejemplos de lo último. Considerando la cualidad estática, ocurre esta pregunta: ¿Qué relaciones de espacio son estéticamente más agradables? En las figuras planas, la riqueza de división, junto con la evidente sencillez del plano, es el *desideratum* estético. Un cuadrado inscrito en el círculo es más agradable que el cuadrado ó el círculo solos; pero dos triángulos equiláteros superpuestos en un círculo presentan todavía mayor atractivo. Se han hecho investigaciones sobre las leyes del buen gusto en la división longitudinal y vertical. Para producir mejor

efecto, la división longitudinal debe ser ó simetría perfecta (bisección en un eje vertical), ó una proporción muy distante de la simetría. El principio de Zeising, llamado la «sección áurea», es que, en la división horizontal, la parte más extensa *b* debe ser un medio proporcionado entre la menos extensa *c* y el todo *a*: esto es, que debe formularse la proporción $a : b : b : c$. Para las líneas verticales se sostiene que el punto de división debe ser de dos tercios á tres cuartos distante de la base ó la misma distancia medida desde la parte superior de la línea: como los brazos en el cuerpo humano que está en pié ó las ramas más caídas y extendidas del árbol de la vida. La cualidad de la división que excita el sentimiento estético podemos llamarla el *equilibrio*.

Por lo que respecta al plano, se trata del *contorno*. Si las divisiones son agradables, ¿en qué género de contorno terminarán las líneas de un trazado? Se ha intentado, y probablemente con cierto éxito, relacionar el placer de los contornos con la relativa facilidad ó dificultad de los movimientos del ojo requeridos para abarcar la figura en cuestión. El movimiento normal del ojo, no siendo en su eje vertical y horizontal, es una curva de estructura airosa y algo irregular. De aquí el principio general de que las líneas curvas presentan un contorno más agradable á la vista que las líneas rectas. Y variaciones del mismo principio son: que los contornos curvos son más agradables cuando la ley de la curvatura cambia ligeramente con frecuentes intervalos; que las transiciones deben hacerse por medio de curvas más bien que por medio de giros cortos ó de ángulos; y que sólo son tolerables las repentinas irregularidades cuando pueden clasificarse bajo una ley general de retorno, esto es, cuando pueden reducirse al plan general del trazado en conjunto. Considerado más generalmente, el esquema de la forma estética para el ojo se acomoda aproximadamente al campo de la visión. El ideal de la forma se indica por la más fácil y agradable adaptación del ojo al detalle y, por una transición fácil, al plano en general. La forma humana ha sido

considerada desde la antigüedad como el modelo supremo de la belleza de la forma, tanto por lo que atañe al equilibrio como al contorno.

Las artes gráficas y la escultura, llamadas, por oposición á la música y á la arquitectura, artes imitativas, encarnan ideales de forma especial. Son imitativas sólo en el sentido de que representan objetos tomados de la naturaleza; pero la imitación es del todo subordinada, como se observa en el hecho de que sólo objetos de la naturaleza son acomodados á los fines del arte que ya se reconoce que encarnan algún ideal. Un pintor pinta un semblante, ó por su hermosa forma ó por su hermosa significación ó por ambas cosas á la vez: si no tiene ni una ni otra, no es bello como pintura de un semblante, y de aquí que no sea estético ni artístico. Hasta un retrato debe idealizar algo para ser bello y satisfactorio. La perspectiva en las artes gráficas es la reducción de las relaciones especiales de profundidad á la forma del campo original de la visión en dos dimensiones: es decir, á una superficie lisa. Si es cierta, se ajusta á las exigencias de toda belleza especial: tiene un centro visual al cual convergen sus líneas de dirección, y si hay dos ó más de estos centros, deben ser á su vez subordinados uno á otro.

II. *Sentimiento estético superior*. Vengamos ahora á considerar la belleza aparte de su estructura de percepción. Si las relaciones del espacio y del tiempo fuesen todo lo que los ideales estéticos incluyen, la belleza sería despojada de la mayor parte de su fuerza para ejercer influjo sobre nosotros y deslumbrarnos. La significación, la sugestibilidad del arte es lo que excita en nosotros sentimientos por los ideales. Esta significación la reducen muchos escritores á las asociaciones ó recuerdos que el objeto bello evoca. Por ejemplo, un edificio se hace bello cuando sabemos que es un hospital para niños enfermos. Las manos callosas de un obrero evocan una existencia de privación, trabajo y sacrificio y nos inspiran emociones de respeto y admiración. Sin embargo, aún en casos en que la simple asociación es más manifiesta, las sugerencias mis-

mas implican ideales y parecen presentárnoslos más vívidamente. La emoción sugerida no termina en el edificio, sino en el ideal de caridad que representa; no en las manos físicas, sino en el ideal de vida que sugieren. La asociación no es, por consiguiente, todo lo que intentamos expresar con la palabra *significación*. Sólo en cuanto que las mismas asociaciones tienen significación entran en la significación de la belleza actual.

Anteriormente relacionamos la significación con la intensidad de conceptos. La intensidad incluye todos los datos que tenemos sobre los objetos. Pero tenemos más datos sobre los objetos que sus simples asociados presentativos; tenemos también los sentimientos de cualquier género, que excitan, y las reacciones motores á que impelen. Todos estos elementos deben entrar en la estructura de la emoción estética en sus formas superiores: á saber, conexiones asociativas, reconstituciones emocionales y reverberaciones solicionales y éticas. Y toda esta estructura debe *concebirse* como representante de la unidad en la variedad, de la armonía y de la universalidad, en una esfera particular. Es decir, el sentimiento estético superior nace sólo por la tendencia de la función abstractiva y generalizadora á sobreponerse al material inmediato presentado. El coeficiente estético completo, como el fin ético, es un ideal y no puede por esa misma razón revestir una fórmula adecuada.

Emociones aliadas á las estéticas. La violación de ciertos elementos en los requisitos de belleza, mientras están presentes los demás elementos, dá origen á distintas emociones. En lo *cómico* tenemos violaciones de la ley de conformidad. Lo cómico es el aborto estético. Se hace un chiste con una relación gramatical ó lógica mal combinada, que, si lo estuviera bien, hubiese sido estética. Una situación cómica es una incongruencia, cuando el procedimiento conceptual exige congruencia y la anticipa. De aquí los elementos de sorpresa, desproporción y desarmonía en el humorismo y la ingeniosidad. Lo cómico es un género en que todo depende de la significación. Por otra parte, lo *grotesco* es lo cómico de la

forma. Lo *pintoresco* explica un alejamiento semejante de la belleza normal, pero no lo suficiente para conducir á contradicción positiva. Se aplica especialmente á la forma y se encuentra en lo audaz, agudo, irregular é inesperado del contorno. En lo *sublime* la significación se asocia á sentimientos particulares, los excitados por lo grande, lo macizo, lo violento y lo abrumador; parece contener también un matiz de respeto y temor.

SALVADOR RUEDA

LA RISA DE GRECIA

Casi nadie sabe que son las ondinas las que en las llanuras del mar cristalinas de las aguas saben los velos rizar, y que no es el peine ligero del viento el que desarrolla gentil movimiento y peina los bucles rodantes del mar.

Nereidas y ondinas y musas y diosas son las que, ciñendo sus frentes de rosas al abrir el día sus hojas de flor,

salen de las costas de Grecia rientes y van en esquifes de nácar lucientes rizando las olas con leve temblor.

De Chipre y de Creta, de todo el mar Jonio que siembra de risas pasando Favonio, se mira la flota los rumbos seguir;

y van en dorados brillantes tropeles, de concha y de oro sutiles bajeles y naves con proas que incrusta el zafir.

Revisten los palos, jugando en el viento, las velas de púrpura de tono sangriento, hinchadas cual senos que agranda el amor;

y cada costado de nave, dilata compactas hileras de remos de plata, que muévense á ritmo con blando rumor.

Allí va de Juno la noble belleza, «cual verso de Homero», la sobria cabeza que pide la grave prisión de un altar;

y allí va Minerva, la virgen, la hermosa, la sabia, la augusta, la casta, la diosa, que de un pueblo todo sintióse adorar.

Allí está Cibeles mostrando enlazadas de las estaciones las llaves sagradas

que inundan la tierra de luz y placer;
y allí eleva Ceres, trenzada en el coro,
las manos que arrojan los trigos de oro
que van por sus hombros rodando al caer.

Allí de Diana se ven los dos senos,
de agrestes rocíos y nácares llenos,
y á trompa de caza le arranca el clamor;
y allí Venus brilla, que es risa en las penas,
y esencia en los astros, y fuego en las venas,
y gloria en las almas que incendia el amor.

De náyades leves, con formas divinas
y alegres collares de bellas ondinas,
se erizan los bordes de cada bajel,
y alegres amores, tejiendo sus alas,
las naves adornan, prendiendo con galas
y plumas y flores pomposo dosel.

La ruta señala gentil Citerea,
y avanza la flota que el mar balancea
con velas y palos en forma de cruz;
al viento del alba se curvan las velas,
y dejan las popas radiantes estelas
y arrancan las proas virutas de luz.

Mas no son las naves con bordes de oro
las que el agua rizan con remo sonoro
rompiendo cristales que miran saltar,
ni el trigo, cual lluvia sutil de alfileres,
que rueda del seno redondo de Ceres
al vaso de vidrios movibles del mar.

Sus dedos que imitan á largos diamantes,
las diosas de Grecia dejando flotantes,
del agua el ras frío comienzan á herir;
del mar con el velo levísimos juegan;
lo rayan, lo arrugan, lo fruncen, lo pliegan,
lo trenzan, lo rizan y le hacen reir.

Después cada diosa su pelo entreabriendo
y en hebras colgantes su trama rompiendo,
por su blanca espalda lo incita á rodar;
recubre primero las amplias caderas,
y luego rebotan sus ondas ligeras
como un haz de luces que rueda hasta el mar.

Ved Juno cruzando los mares tranquilos,
como un nacimiento de luz suelta en hilos
soltar su cabello que empieza á caer,
que inunda sus hombros igual que una fuente,
que finge en sus brazos partido torrente
y en lluvia de rizos al mar va á caer.

Mirad de Cibeles el noble peinado
bajar por su espalda gentil, destrenzado,

teñido de vivo fugaz tornasol,
como si besando sus curvas redondas,
cayera brillando del mar en las ondas
un haz deslumbrante de rayos de sol.

Mirad sus cabellos coger á Diana,
que abriendo su blonda de rizos galana
la suelta en su cuello labrado y gentil,
le besa del seno las ánforas bellas
y al mar pega un salto comò un haz de estrellas
desde la escultura de fresco marfil.

Recoge Minerva sus leves cabellos
como un largo mazo de azules destellos
que trama sus hebras lo mismo que un tul;
lo suelta del cerco triunfal de la frente,
y da al mar el arco del libre torrente,
cubriendo las olas como un manto azul.

Venus, retorciendo su pelo triunfante,
produce en el agua la risa estallante
que es luz y alegría del mísero sér;
arroja al mar luego la real cabellera,
y el mundo recobra su gracia primera
y el mar tiembla y canta de inmenso placer.

Así, por el peso vencidas las frentes,
los brazos tendidos, los senos salientes,
los labios que rompen de pronto á cantar,
va el coro de diosas en naves ligeras,
los mares rizando con las cabelleras,
que en luces y risas los hacen temblar.

Con hilos azules, con hebras de oro,
con fibras de ébano, plegando va el coro
las olas, que el día comienza á bruñir;
y al ritmo que llevan los barcos mecidos,
el mar, todo lleno de leves fruncidos,
sólo hace al moverlos reir y reir.

Esa es la que á Cristo severo desprecia,
risa eterna y grande del alma de Grecia,
que vela á los ojos la cruz del dolor;
religión que es risa vistiendo las cosas,
brillando en los cielos, temblando en las rosas,
latiendo en los campos, dorando el amor.

Siendo en sí la vida doloras y guerra,
salpica el Mesias de sangre la Tierra,
Mahoma la llena de peso carnal,
rodéala Buda de obscuras visiones,
y no hay Jesucristo que no eche á montones
tristezas, haciendo la vida fatal.

¿Por qué si es el mundo prisión de amarguras,
no cubrir las penas con luces más puras

y girar en torno de Grecia gentil,
que no tuvo horribles Calvarios brutales,
ni tuvo Mahomas de goces carnales,
y si amor y gracia y ardor juvenil?

Pasan los Mesías llevando sus cruces,
y eclipsan sus frentes las místicas luces
de otras religiones que vienen detrás:

la verdad gigante, la Naturaleza,
Grecia con su risa, su gracia y belleza,
ni abdica, ni muere, ni pasa jamás.

Mirad cómo tiemblan los mares rizados,
mirad los divinos temblores dorados
de estrellas y hojas; el mundo es temblor.

Es que el orbe entero se va estremeciendo
al eco de Grecia que sigue riendo:
¡riamos con ella su risa de amor!

No has muerto, no mueres, oh Grecia
[triumfante;
por cima del rostro de Cristo espirante,
aun tu torso asoma detrás de la Cruz;
y aun del Universo llevada en las brisas,
vives hecha danzas, y juegos, y risas,
y amor, y cinceles, y versos, y luz.

CARMELO CALVO

MICALET

(Conclusión)

VI

Yo no sé si aquella manifestación de afecto significaba la aprobación que prestaba á mis palabras, pero debo creer que les dí la recta interpretación que tenía, pues sonaron gratamente en mi corazón.

En efecto, saqué uno de los números más bajos, y excusado es decir que no teniendo nada que alegar y reuniendo las condiciones de talla y sin defecto físico alguno, fui declarado soldado. Al convencerme de que lo era, sentí la emoción que agita al que pasa de un estado á otro, de una vida oscura y olvidada á otra que, siendo también como la anterior, anónima, puede tener un día de tal brillo y tal resonancia, que borre los pasados dolores y abra una nueva historia en su accidentada existencia. Por de pronto salía del estableci-

miento y dejaba de llamarme expósito para tomar el nombre de soldado. El cuartel purifica el nacimiento, porque en sus regimientos y escuadrones no hay bastardos de ninguna especie, todos son defensores de la patria. Esta es una madre tan cariñosa, que no hace distinciones ni establece privilegios en los que acoge bajo sus banderas. Para ella no hay orígenes ni procedencias: todos son iguales, y en los campos de batalla, Juan Soldado, venga de donde viniere, es el factor oscuro pero esencial que se bate con denuedo y derrama su sangre por la integridad de su suelo ó por la defensa de sus libertades. El que cual yo no tenía madre alguna, no podía menos de alegrarse al desprenderse del traje del asilado para vestir el uniforme del Ejército. Aquél pesa sobre el que lo lleva la librea de la deshonra: éste ennoblece al que lo viste, porque atestigua en el que lo usa que merece la confianza de la patria. El llamamiento á filas fué para mí una especie de rehabilitación. Al ponerme en camino, al abandonar la ciudad en donde se habían deslizado mi infancia y mi adolescencia, quedaba detrás de mi pasado y asomaba á mis ojos un porvenir, si no lleno de promesas, porque yo no he tenido ambición ni tenía en qué fundarla, al menos exento de preocupaciones. Claro es que el ser soldado no borraba la mancha que me había impreso la Inclusa, pero fuera de mi país donde era conocida mi procedencia, yo no abrigaba temor alguno de que nadie me echase en cara la naturaleza de mi origen. Al soldado no se le piden más que condiciones físicas para ingresar en el Ejército, importando poco saber de dónde viene, pero sabiendo siempre á donde vá, y en este sentido acepté como un favor de la Providencia la suerte de haber obtenido un número que me arrancaba de mi país natal y me llevaba á otro suelo, en donde quizás podría encontrar una compensación á mis desdichas.

Fuí destinado al regimiento de Granada, que estaba de guarnición en Valencia, y á Valencia fui. Los primeros meses, excusado es decir que fueron empleados en aprender todo lo que afecta á la vida del soldado. Instruc-

ción, uniforme, ejercicio, todo constituía para mí un cambio completo de costumbres, de trabajos y de propósitos. Mi nuevo traje y el armamento que lo completaba, al darme el carácter de representante de la fuerza, comprendí que me imponía el deber de guardar una compostura que no se conformaba con mis antiguos hábitos, pero reconociendo que la vida militar, que para otros podía ser un accidente, no lo era para mí, pues yo me había hecho la firme resolución de reengancharme tantas veces como mis fuerzas físicas me lo permitiesen, y desde el primer momento me sujeté á las exigencias del uniforme. Aquellas prendas y aquellas armas hacían desaparecer todas las impurezas que manchaban mi nombre. Si mi madre se avergonzó al darme á luz, de darme un apellido, la madre patria no se avergonzaba de recibirme en sus legiones, y yo, agradecido, formé el propósito de no abandonarla mientras mis brazos pudiesen sostener un fusil y ella demandase mi concurso. Con ello verdaderamente no hacia ningún sacrificio; el beneficio quien lo recibía era yo, pues mientras estuviese sirviendo nadie me pediría mi partida de bautismo. ¿Qué más podía ambicionar?

VII

Mi primera temporada de cuartel no me dió tiempo para ver nada ni ocuparme de nadie. Era tanto lo que me preocupaban las preveniciones que me hacían, las horas de ejercicio, los trabajos que se me encomendaban, que siempre tenía fatigada la memoria, temiendo faltar al más insignificante de mis deberes. Tan era así, que la mayor parte de las veces que salía á paseo, inconscientemente me sentaba en el primer banco que encontraba, y si era en la Glorieta, me quedaba absorto viendo jugar á los niños, y si era en el pretil del río, dejaba vagar mi pensamiento viendo moverse perezosamente las aguas en aquel ancho cauce, en donde me dijeron que habían tenido lugar tanta clase de espectáculos. Más tarde, cuando me fui imponiendo de todas mis obligaciones y la costumbre me hizo adquirir há-

bitos militares, comencé á fijarme en todas las cosas que llamaban mi atención, y entre ellas, la que se destacó á mis ojos con más acentuado relieve y una grandiosidad para mí desconocida, fué el Migueletè, conocido en toda tierra valenciana por el *Micalet*. Aquella mole de piedra trajo á mi memoria y despertó en mi pensamiento el recuerdo de mi padre adoptivo, que siempre me hablaba de la famosa torre cuyo nombre quiso que yo llevara. Desde luego me chocó que una cosa tan grande fuese llamada por todo el mundo con el diminutivo de su nombre, pero me chocó mucho más que el sér más ínfimo de la creación, como creía yo que lo era, llevarse la misma denominación que aquel gigante de piedra.

Un día me propuse subir al *Micalet* y enca miné mis pasos á la Catedral. Llegué al campanario y me detuve viendo aquellas lenguas de metal que en las festividades dan al viento sus estruendosas voces. Después volví á emprender mi ruta y ví la gran campana y la coronación de la torre. ¡Qué espectáculo tan hermoso ofrecía la ciudad rodeando el templo y al parecer demandándole su protección! ¡Qué panorama tan variado aparecía á los ojos en aquella inmensa huerta que por su hermosura y riqueza no tiene ninguna que la aventaje, mirada desde aquella altura! ¡Qué tápiz ni qué cuadro puede compararse á su suelo pintado con todos los matices del color verde! ¡Qué cinta más azul que la que el mar tiende en el último término del horizonte! Mirando de una parte á otra, mis ojos no se cansaban de admirar aquella perspectiva tan hermosa, aquel cielo tan brillante y aquel ambiente tan puro que dilatava los pulmones.

Durante aquella contemplación sonó la campana é involuntariamente me descubrí y asomó á mis labios una oración, que dediqué á la memoria de mis padres adoptivos. ¿Quién me había de haber dicho, cuando el tío Miguel me ponía por las nubes al *Micalet*, que llegaría un día en que me vería en la cima de su torre, que llevaría su nombre y oiría el formidable són de su campana, cuyos ecos repite el viento por todos los ámbitos de la huerta valenciana? Desde aquella altura espacié mi vista en el gran-

dioso panorama que se extendía ante mis ojos y me hice la ilusión de si en alguno de los últimos pliegues del horizonte se escondería la casa que me albergó.

Al verme tan alto no sentí mi pequeñez; sin duda por hallarme más cerca del cielo me olvidé de las cosas de la tierra.

El efecto que me produjo la impresión que recibí aquel día, debo confesarlo, me duró mucho tiempo.

VIII

Pasaron algunos años sin que en el distrito militar donde yo prestaba mis servicios hubiese ocurrido nada de particular. De pronto la revolución de Setiembre y el grito insurreccional de Jara en la isla de Cuba vinieron á mover la opinión y á exaltar los ánimos. El Gobierno, dando la importancia que merecía al movimiento de nuestra Antilla, dispuso la formación de una división expedicionaria, y para ello el primer paso que se intentó fué solicitar el concurso de los que estando en filas quisieran ofrecerse voluntariamente á continuar sus servicios allende los mares. Excuso decirle á V. que si no fuí el primer voluntario, no fuí de los últimos. Embarcarme, ver otras tierras, combatir á los enemigos de mi patria, verter mi sangre por la madre que me daba su pan y me pedía su defensa, eran motivos poderosos para decidirme á emprender un viaje de problemáticos resultados. Pero como los únicos que me habían demostrado su afecto habían desaparecido del mundo de los vivos, y las únicas afecciones que dejaba en la Península eran las que había contraído con mis compañeros de batallón, yo no perdía nada al abandonar mi tierra, y quizá la guerra que me llamaba á América pudiese proporcionarme alguna sorpresa que influyese en mi porvenir.

Y me embarqué y surqué los mares, y al verme entre mar y cielo experimenté la impresión profunda que causa ver un frágil barco á merced de dos inmensidades, cuya grandeza desafía la inteligencia del hombre. ¡Cuántas veces sentado sobre cubierta comparaba

la tranquila vida del campo con la azarosa de á bordo, y la existencia del labrador, acosada siempre por el trabajo, y la del marinero, expuesta siempre por el peligro. La una reducida su labor, á un pequeño espacio de tierra, y la otra extendida por todos los mares y todas las latitudes. Y al fijarme en estas particularidades que á manera de observaciones iban y venían por mi cabeza, acabé por engolfarme en otro mar de pensamientos y por decirme á mí mismo: «Todo es trabajo y todo es lucha, pero yo ¿por quién trabajo y por quién lucho? Todos los que me acompañan y forman parte de esta expedición militar han dejado su casa, su oficio, sus afecciones y ahora estarán unos escribiendo á sus padres y otros pensando en sus familias, en sus pueblos, en sus amores. Yo no tengo que pensar en nada. El barco deja detrás de sí una estela, yo no dejo ni un recuerdo. Por carecer de todo, ni aún sé escribir. Y ¿para qué? Los que ahora están traduciendo con su pluma sus pensamientos íntimos, tienen una madre, una novia ó una hermana, á las cuales pueda comunicarles las emociones recibidas y las esperanzas que los mantienen. Yo no dejo nada detrás de mí; hoy sólo tengo ante mis ojos la bandera de mi batallón, que es la enseña de la madre patria, á la cual he prestado mi juramento de fidelidad por haberme acogido en sus brazos y ser la única sombra que me cobija. Dentro de contados días pisaremos tierra firme, saldremos al campo y todos seremos valientes, pero ellos serán más bravos que yo, pues tienen prendas del alma que los esperan, y á mí no me espera nadie. ¿Qué mérito tiene el valor cuando no se comprometen ni el pasado ni el porvenir?»

Y ahondando en estas ideas y divagando mi espíritu, hasta el punto de no prestar atención al rasguear de la guitarra y á las canciones que entonaban mis compañeros, pasaba las horas y los días dando tormento á esta imaginación una propensa á arrebatare y á no contener sus ímpetus cuando emprendía sus insensatas carreras.

A mediados de Marzo llegamos á la Habana.

IX

Cazadores de Aragón era el batallón mío, el cual salió á operar en campaña con la columna al mando del brigadier Escalante. En el vapor *Villaclara* embarqué con rumbo á Santa Cruz, y seis días después llegué á Puerto Príncipe. Recorrí la línea férrea, sufriendo el fuego del enemigo al paso por las Cuevas de Agramante y las Minas, y sin interrupción me encontré en la toma de una trinchera y asistí al reconocimiento que tuvo lugar en las inmediaciones del ingenio San José.

Desde luego se supone que al hablar de mí hablo de la división de que formaba parte mi batallón, como en todo lo que refiera á operaciones efectuadas á la división aludo. Yo no olvidaré nunca aquella época de mi vida. La guerra no tenía ningún encanto para mí; pero resuelto y decidido á consagrar mi existencia á la madre patria, ni reparé en los peligros, ni me acobardó la muerte. Yo no buscaba los unos ni desafiaba á la otra, pero tampoco esquivaba el cuerpo ni volvía la espalda al enemigo. En verdad, tampoco me engrío ni tengo la presunción de haber ejecutado proezas de esas que merecen ser transmitidas á las generaciones futuras en mármoles y bronce, pero tengo la conciencia de haber cumplido con mi deber.

Yo había nacido para la vida tranquila del campo; la naturaleza no me había dotado de una constitución robusta ni de un temperamento predispuesto á las aventuras; así que, al verme en plena guerra, un mundo nuevo surgió á mis ojos. Sabía ya lo que era la lucha por la vida; lo que había ignorado hasta entonces era que existiese sin tregua ni descanso, sin paz ni perdón la lucha cuerpo á cuerpo. Y ¡fuerza de la costumbre! aquella lid constante que al principio me aturdió con sus accidentes y sus peripecias, llegó á no producirme admiración ni sorpresa. Por espacio de tres años no dejé de tomar parte en todas las operaciones en que intervino mi batallón. Concurrí en el encuentro que tuvo con el enemigo en el ingenio Juanita, al que se le

tomó una trinchera y dispersó; custodié un convoy y auxilié los trabajos de recomposición de la línea férrea y telegráfica con dirección á Puerto Príncipe; en las Minas desalojamos al enemigo; asistí á la acción habida en los montes de Altagracia y me hallé en el encuentro que tuvo lugar con los insurrectos en San Serapio.

Y ceso en la relación, para V. enojosa, de todos los hechos que constituyen mi hoja de servicios, para consignar dos únicamente: el primero, que renové mi compromiso por el tiempo de siete años, y el segundo, que en el encuentro habido en el Yaguajay fui herido al frente del enemigo. Mi reenganche obedeció al deliberado propósito que tenía de no abandonar la vida militar mientras me encontrase en condiciones de servir, pero la herida que recibí hizo ineficaz mi propósito. ¡Estaba de Dios que mis madres habían de serlo por poco tiempo!

La duración de mi herida fué de tres meses. Al salir del hospital me dieron de baja por haber quedado manco, y me reembarcaron para la Península. Excuso decir lo que sentí al verme de nuevo cruzar los mares sin tener dónde ir y sin saber á qué dedicarme. Siete años de servicio me habían hecho olvidar mis antiguas ocupaciones, y los nuevos hábitos adquiridos en el cuartel y en la campaña me acostumbraron á la vida agitada de la guerra.

Hay que convenir en que mi destino era muy triste y que había nacido para ser un verdadero pária en la sociedad. La bala que me destrozó la mano y me inutilizó para el trabajo y para el servicio debió haberse alojado en mi corazón. Yo hubiese bendecido aquella hora de lucha y hubiese muerto sin que nadie hubiese recogido una prenda de mi traje para enviarla á los seres queridos de mi alma. ¿Y para qué, si no los tenía? Muerto yo, se acababa toda mi raza, y al enterrar mi cuerpo, sólo la madre tierra era la depositaria de mis restos. Pero mi sino era funesto, y al inutilizarme me obligaba á vivir para que se prolongase la serie inacabable de mis dolores.

La madre patria me devolvió á España, y

al llegar á Cádiz me dejó en el puerto y me quedé como cuando nací, sólo en el mundo.

X

¿Qué iba á hacer? Hé aquí un problema al cual no encontraba solución. Sano y bueno, formé parte de ese puñado de héroes oscuros y casi siempre desconocidos, que sin poder precisar en el fragor del combate cuál de ellos lo ha efectuado, han causado la muerte de un cabecilla, han sido los primeros en asaltar una plaza y han sembrado el pánico en el campo enemigo, sin que la historia se ocupe de estas pequeñeces, porque la gloria nunca es de Juan Soldado, cuya personalidad desaparece entre la masa de una división. Inútil y pobre, formaba parte de esa clase desheredada que tiene por patrimonio la miseria y por familia el haz de séres desheredados que pueblan todos los establecimientos públicos, lo mismo los benéficos que los penales. En situación tan crítica me acordé, pues así lo consignaron en mi licencia absoluta, que las Cortes Constituyentes habían declarado que habíamos merecido bien de la patria los que habíamos peleado en Cuba por su integridad, y no quise que en momentos tan supremos mi espíritu decayese y me hiciese dar inseguros pasos que me obligarian á resbalar por la pendiente donde al final todas las iniquidades tienen su asiento. Pensé que mi casa solariega era un establecimiento de beneficencia, y entre encanallarme aprendiendo oficios de baja estofa y solicitar nuevamente mi ingreso en dicho asilo para que me utilizasen en aquello que mi inutilidad me permitiese, opté por volver, como el hijo pródigo, á la casa paterna para que remediase mi desamparo. La necesidad me obligaba á pedir limosna, pero entre solicitarla de puerta en puerta y pedirla en la casa donde me arrojaron al nacer, había una gran diferencia. De hacer lo primero deshonoraba el traje de dril y el sombrero de paja que constituían mi uniforme de operaciones en la gran Antilla; de llamar á la puerta de la caridad y pedir en mi antigua casa un socorro que no me hiciese caer en el camino de la abyección, podría que-

dar humillado por volver á ser gravoso al asilo, pero la madre patria no se avergonzaba de haberme contado en el número de sus hijos.

Con el rubor en el semblante y la vergüenza en el corazón me acerqué al establecimiento donde pasé mis primeros años, y como títulos de recomendación exhibí mi licencia absoluta y mi brazo lisiado, y sin dificultad alguna fui admitido, y al poco tiempo merecí ser designado para desempeñar la plaza de portero. Y aquí tiene V. al soldado convertido en centinela del refugio de los pobres que recoge, ampara y alimenta la caridad de la provincia. ¿Durará mucho mi estancia aquí? ¿Será éste mi cuartel de inválidos para lo que me quede de vida? Yo creo que sí, pues así se lo pido con todo el fervor de mi alma á la Madre de todos los cristianos, que es doblemente madre mía, porque yo figuro entre los que protege al adorarla el mundo con la advocación de los Desamparados.

Después, cuando llegue mi última hora y la caridad recoja mi último aliento, cuando se acerque ese instante supremo en que todas las malas pasiones concluyen y todas las impurezas de la vida se hunden en la fosa, la madre tierra me acogerá en su seno, y puro ó impuro mi origen, convertirá en polvo mi cuerpo, dándole el reposo eterno al estrecharlo en sus brazos, y Dios recibirá mi alma.

*
* *

Al terminar Micalet su relato, que él desarrolló á su modo, y yo he referido en la forma que me ha sido dado hacerlo, nos separamos, él llevándose su mano á los ojos y yo mirándole emocionado y sintiendo que, á medida que se alejaba aquel cuerpo de medianas proporciones, se iba agrandando en mi imaginación, por la que giraban revueltos y confusos, pero agigantados, todos los hechos que constituían la vida de aquel ser digno de mejor suerte.



ANOTACIONES

ARTÍSTICAS

Adrián Van Ostade (1610-1685)

Discípulo de Frans Hals, fué siempre un buen burgués, tranquilo, satisfecho de la vida, amigo de goces sencillos y reposados. Toda su obra parece una carcajada de esas que al pasar por las carreteras se oyen en el interior de las ventas, á cuya puerta dormita un perro y en cuya cocina nunca falta un buen fuego. Su especialidad fueron las escenas populares, las costumbres campesinas; sus personajes son fiel reflejo de su alma, de su existencia, son gentes que gozan sin hacer daño á nadie, que no rompen los veladores, que no pegan á las criadas, que no insultan á los amos; juegan á los bolos, beben plácidamente jarro tras jarro, y cuando la noche llega, marchan á sus casas cantando burlescas canciones, riendo desentonadamente, hinchando sus carrillazos colorados, relucientes, grasosos, llenos de una alegría bonachona é inofensiva.

No son elegantes ni esbeltos: su paso es un desfile continuo de vientres enormes, de grandes piés, de cuellos de toro, el triunfo de la grasa; pero todos son dichosos, perdidos allá en la aldea, bajo la sombra amorosa de árboles seculares, y su dicha infiltra las almas de cuantos los contemplan. Sus piernas son cortas, sus troncos largos y deformes, sus trajes pobres y ridículos; cuando se reúnen respiran por todas partes vulgaridad, pero envuelta en una capa tal de bondad, de reposo mental, de conciencia tranquila, que causa envidia. Son buenos padres de familia que se divierten sin hacer daño. Tras aquellos pechos rudos se esconden corazones que saben vibrar á compás de los afectos más dulces; aman á su familia y después de ésta á sus compañeros de reunión; no piensan sino en reír, y gozan y gozan y rien por todo, sin causa, sin motivo, sacudiendo grotescamente sus abdómenes, ante el jarro de cerveza, bajo las ahumadas vigas del techo de que penden jamones y embutidos.

Numerosos críticos le han reprochado á Van Ostade ese cariño hacia el pueblo y las más groseras diversiones, lamentando el que haya desperdiciado su génio en cuadros sin trascendencia, olvidando sin duda la muy grande que siempre, en todas las épocas y países, ha tenido la nota cómica. Es más, la labor del pintor holandés, si peca de algo es de exceso de bondad, de generosidad para con las generaciones sucesivas. Fácil le hubiera sido sentar plaza de ironista á lo Hogarth, á quien aventaja en todos conceptos, con sólo limitarse á copiar la perversión social de su tiempo. Acaso la nobleza de su alma de artista le obligó á refugiarse en las aldeas. Allí no eran espirituales las gentes, pero eran buenas, dichosas, francas, incapaces de una mala acción. Fué á buscar la alegría sana, fuerte, tan en acuerdo con su temperamento, á donde únicamente podía hallarla, á las casas que se alzaban rústicas, humildes, consoladoras, en las inmensas llanuras siempre verdes, junto á las aguas reposadas de los canales.

No hay por qué censurarle; tales aficiones se las imponían su modo individual de ser, su modalidad mental. Su obra es su vida. En pocos casos se verá tan claro como en éste la íntima comunidad entre un artista, su obra y su vida. Van Ostade fué un burgués siempre metódico, siempre risueño, que ahorró dinero, que se casó dos veces lleno de cariño, nunca enamorado, loca, ciega, ébriamente. El alma que vive en sus cuadros es la suya clara, fielmente transportada al lienzo. El también adoraba la bebida y el juego y también gustaba de reír sin ironías ni refinamientos, como rien los niños ante las desgracias y aventuras de los personajes de un teatro de fantoches, sin maldad, sin amargura, plácida, serena, ruidosamente, sin nieblas ni análisis. Sus creaciones rien sin consideraciones, bruscamente, sin reflexión, sin trabajo para desentrañar la gracia; sus carcajadas suenan á cascabeleo, no á latigazos. Allí no hay ironía que sonroje, que avergüence, que haga temblar; todo es plácido, resbala sobre las almas sin profundizar, dejando tras sí una sensación de bienestar, de contento, sólo amenguada por la pena

de no poder bailar, correr, danzar, como aquellos aldeanos, tan simpáticos, tan ignorantes, tan graciosos, tan ajenos á las lágrimas, á la duda, al análisis.

Van Ostade poseía en el alto grado el sentimiento de la naturaleza, lo que unido á su habilidad manual y á su gran facilidad para hallar la armonía de los colores, constituye la razón de su fama y de su gloria.

Estudioso, pacienzudo y observador de conciencia, su estilo fué lentamente evolucionando á medida que iba venciendo dificultades. El amor al color cuidado y bien entendido resalta en su obra total, como en la de todos los pintores de la escuela holandesa. Las aguas reposadas que reflejan la luz solar, las casas rojizas sobre el fondo verde de mil matices variados de los campos, toda esta riqueza de tonos y colores está y perdura en las composiciones de Van Ostade, el pintor de los toscos, de los pobres campesinos.

En cualquier parte que encontreis un cuadro suyo la sensación será siempre la misma: calma y dicha. Buscareis sus obras como á un antiguo compañero de colegio para alejar unas horas vuestras tristezas y dolores.

Activo, honrado, laborioso, dedicado á la vida de familia, legó á la posteridad más de cuatrocientas pinturas. Cuando en el catálogo de cualquier museo halleis su nombre, corred inmediatamente á la sala en que estén los cuadros y sentireis un agradable consuelo, pues os hará reír como no habeis vuelto á reír desde vuestra niñez, como ya sólo os harán reír los clásicos Cervantes y Quevedo, sin desgarrar ni torturar creencias. Sólo así es agradable reírse.

MARIO DE ALBA

EL "FELLAH,"

Lo que voy á referir es rigurosamente histórico. Nada tiene de entretenido, ni más mérito que su absoluta veracidad y el contraste y sorpresa que lleva consigo.

Hace años murió en Valencia un amigo mío,

literato distinguidísimo, poliglota famoso, erudito de verdad y no á la violeta como lo son muchos, filósofo á ratos, entendidísimo en historia y arqueología, pero bohemio; con pobreza que se buscó él mismo á fuerza de desidia, viejo ya y sin ilusiones, habitante un tiempo del barrio Latino, del París bullicioso, diplomático por casualidad con empleillos de mala muerte en plenipotencias de tres al cuarto, traductor de obras extranjeras, archivero de aquí y de allá y sobre todo tan descuidado de su persona, tan sucio y derrotado, que hubiera dejado en mantillas á Schaunard, á Colline y Rodolfo.

Una tarde lluviosa de invierno y en un café en donde nos reuníamos por entonces muchos aficionados al arte, estaba el bueno de Pepe con *el tapete puesto*. Hablaba en voz muy alta, y he de confesar que todos le atendíamos religiosamente por tener mucho que aprender de su erudición vastísima y mucho que reír de su inagotable buen humor.

—¡Esto me ha sucedido á mí! ¡A mí! Escuchadme, poetillas de á real y medio, autores dramáticos con babador, críticos y periodistas que no sabeis gramática de escuela pública, pianistas y músicos ramplones, pintamonas como el Oscar de Paturot, escuchad á esta vieja momia del arte que ha recorrido todos los museos del mundo con zurrón al cuello, que no ha visitado las Criptas de Elephanta porque no le admitieron en el vapor-paquete en calidad de faquín, que no ha estado en Moscow ni en la vieja Escandinavia por no helarse vivo ó no llevar consigo una alfombra para envolverse, que no ha puesto los piés en el Dawalagiri á causa del asma, pero que en cambio ha leído más en una semana que todos vosotros en vuestras vidas de veinticinco años. ¡Admiradme! Voy á hablaros de Egipto. ¿Sabeis lo que es eso? Algunos recordaréis la doctrina... pocos..., pero en fin de *La huida á Egipto* si que tendreis noticia y será lo único que sepais de los Ptolomeos y de los Icsos. ¿Sabe alguno lo que es el globo alado? ¿El escarabajo sacro?... no el de las cocinas (asco general). ¿Sabeis lo que representa la flor de loto? No creais que se trata del premio gordo,

imbéciles. Y á Isis y Nefthis y Amenophis y Sesostris. ¡Eso os hace falta, mucho seso! Voy á hablaros de la esfinge de Chefren de la pirámide de Cheos, desde la marcha de los israelitas hasta la batalla de Aboukir, desde los getas hasta Arabi-Rey...

—¡Basta! ¡Basta! gritamos: ¡Pepe, no nos marees! (Le tuteábamos todos á pesar de su edad. Era imposible hablarle de *usted* á los dos días de tratarle.)

—Os perdono y prosigo. Hallándome en Madrid sin un cuarto, cosa rara, se apiadó de mí un ministro de Estado á quien conocí dando *sablazos* allá por el sesenta y uno.

—Bueno... basta de maledicencia.

—Este señor, que usaba gaban de pieles mientras se helaba la mia y que recordó su época de penuria, me dijo una tarde:

—¡Hombre, Pepe! ya estoy harto de tus *sablazos* (olvidaba los suyos); voy á darte un empleo digno de tí, diplomático, de viso, pero muy lejos. ¿Conoces el árabe?

—Soy doctor en letras.

—¿Quieres ir al Cairo?

—¡Caracoles!

—Tendrás casa, doce mil reales y más de diez banquetes y bailes al mes (lo de los banquetes me conmovió). Te nombro oficial de secretaria en la legacion española.

Acepté con transportes de agradecimiento y me transporté á esta Valencia que vosotros llamais Atenas del Mediterráneo, en provecho propio, para que os crean artistas.. siendo unos percebes...

—Fuera. ¡Basta de digresiones ó... no te pagamos el café!

Ante esa amenaza continuó: Me embarqué para Argel y de allí fui al Cairo. No os describiré sus magníficos hoteles, que hacen de esa población una de las más elegantes del mundo; sus hermosos cafés á la europea ó á la turca, sus...

—Bueno, lo suponemos.

—¡Oh, vosotros los que no habeis pasado de Játiva por la línea de Madrid ni de Burriana por la de Barcelona, no sabeis las emociones sublimes que embargaron mi alma al pisar la tierra de aquel pais de Oph, la Diópolis

magna, hija del mar, caldeada por el sol que iluminó los sacrificios á Osiris y al buey Apis! Tenia ánsia de visitar la antigua Tebas, Menfis, Alejandria, todo lo que encierra recuerdos históricos desde Athor hasta Bonaparte. Pedí un permiso; afortunadamente el ministro plenipotenciario era buena persona y me le concedió en el acto, animando mis aficiones artísticas y adelantándome algun dinero.

Partí en busca del Nilo y lo remonté en uno de esos lindos vapores que sirven á los turistas; así llegué á Lucksor una mañana de Julio en la que el Simoun (no es un coche de plaza, es un viento) nos tumbaba sobre la cubierta y las toldillas para evitar ir al agua, que yo me figuré llena de cocodrilos y de hipopótamos. Sucksor contiene hermosísimas ruinas de templos, de esfinges, de palacios, y aún se conservan en pié, como en la isla de Filæ, columnas y obeliscos desmoronados. Lo que yo queria contemplar antes que nada era el valle de las tumbas, aquel valle de Biban-el Moluk, en donde reposaron millones de años las momias de los Faraones de no sé cuantas dinastías, y que hoy ocupan los primeros museos de Europa como curiosidad arqueológica notable.

Visité el valle por la tarde, cuando el sol no mataba, aunque el calor era casi sofocante. No hay europeo que resista en verano el sol del desierto sin caer en tierra sofocado y con una congestión.

La anchísima necrópolis, tumba de tantos soberanos egipcios, fruto de los estudios de Champolion y de otros muchos eruditos que han consagrado su vida al descubrimiento é investigación de sus ocultas maravillas, aparecia al caer de la tarde grave y severa con sus rocas de basalto y de pizarra. Allí durmieron los constructores de las pirámides, todo aquel pueblo de esclavos, de sacerdotes, de guerreros y de artistas, desaparecido ya entre las sombras de la historia. Me sentí conmovido y quise evocar en mi imaginación á todo aquel polvo para que reconstruyera ante mí la civilización de sesenta siglos.

Al pié de un cerro ví de pronto algo que se movia.

Era un hombre envuelto en un jaique árabe, con las piernas desnudas y los piés metidos en unas babuchas amarillas; cubría su cabeza un *chechiá* rojo y se apoyaba en un largo palo. Parecía dormido en pié con esa calma suprema del árabe perezoso. Era un *fellah*, algún humilde de aquella casta de trabajadores; sería un esclavo á continuar hoy las dinastías faraónicas.

Me acerqué á él y le saludé con las palabras del Profeta á falta del saludo de Osiris.

El egipcio levantó lentamente la cabeza, me miró un segundo y prorrumpió en estas palabras, que me dejaron helado:

—¡Uy, señoret! ¿De ahón ix vosté?

—¿Tú, qui eres?

—*El conech á vosté de cá don Eduardo...*
(un abogado célebre de Valencia). *Vaig pegar una furgá y...*

—¡.....!

Si non é vero...

A. GONZÁLEZ BLANCO

PROVINCIA

(Poemas impresionistas)

I

Aquella tarde te seguí. ¿Recuerdas?...

Melancólica tarde de domingo.

A un borde del paseo solitario
la tristonra charanga del Hospicio
metalizaba, bronca y desacorde,
un vals de algún autor desconocido.

Venían en el aire los cantares
en que ahogaban los presos su fastidio,
sentados á la reja de la cárcel,
viendo pasar la ola del gentío,
que les traía un eco de aquel mundo
oculto á sus miradas de asesinos.

Eran esos cantares andaluces;
vibrantes y sentidos,
á veces muy plebeyos y á las veces
con ráfagas de ardiente idealismo:
esos tristes cantares en que se habla
de jazmines, de besos, de presidios,

de rejas, de ojos negros y traidores
y de amores, de celos y de olvido
—y de un galán, apuesto como un árabe,
asesinado á orillas de un camino...

Los lánguidos clamores de la banda
á distancia cortaba el aire tibio,
fingiendo, entre las copas de los álamos,
un murmullo fugaz y desvahido.
Temblaban las imágenes
en las aguas del río,
claro como tus ojos,
como tus ojos transparente y límpido.

Ibas tú de paseo con tu padre:
el paseo apacible del domingo,
cuando, tras la labor hebdomadaria,
reposan los espíritus tranquilos.
Es ese el día alegre de provincias:
se sacan de las arcas los vestidos
—aquellos que son claros y vistosos
y que fueron regalo de algún tío.
Se pueblan los paseos y las plazas,
todos vagan con aire distraído,
hay más coloración en las semblantes,
en los ojos irradia nuevo brillo,
y son más cariñosas las palabras
y brota más amor en los espíritus.
¡Y hay en los corazones de los jóvenes
como un eco de un cántico festivo!...

Te miré y me miraste. Desde entonces
comenzó nuestro amor, dulce y sencillo,
lleno de veleidades provincianas
y de romanticismos.
Al salir de la misa de las Mónicas,
en los días festivos,
¡cuántas cosas te dije apasionadas
que nunca habías oído!
Y en el dulce paseo de la tarde,
donde otra vez, amantes, nos veíamos,
yo sabía que había una mirada
persiguiendo mis pasos intranquilos,
¡y un noble corazón de adolescente
que latía al unísono del mío!

¡Y cuánto nos amamos desde aquella
melancólica tarde de domingo,
oyendo pasodobles y mazurkas
á la banda tristonra del Hospicio,
en el largo paseo que se explana
á la orilla del río

—del río claro cual tus claros ojos,
también como ellos transparente y límpido!

II

Por la vieja avenida del Cabildo
donde crecen las húmedas acacias,
leyendo un libro ó recordando á un novio,
pasean las humildes colegialas.

En el largo paseo de los tilos
que conduce á una plaza solitaria
donde una iglesia vieja
la soledad perfuma de fragancia
mística, como incienso
que al retablo mayor solemne se alza,
flota un ambiente de algo emmohecido,
de algo viejo y arcaico y que nos habla
un lenguaje natal é inteligible;
de algo que evoca mucho en nuestras almas,
diciéndonos el plácido secreto
de esas humildes vidas provincianas
que se marchitan pronto, como rosas
que nunca orea el aura...

El reducido cementerio viejo
perfila sus cipreses á distancia:
está abierta la puerta y la capilla,
donde un perfume de blandones vaga,
parece, en la oquedad de su penumbra,
una losa de tumba levantada.

En la tortuosa callejuela antigua
duermen las viejas casas,
en un silencio grave de domingo,
con las puertas cerradas.
Se ven vastos divanes de damasco
que las amantes confianzas guardan,
y crujientes tapices señoriales
á través de balcones y ventanas.
Un rostro melancólico de enferma
se mira en los espejos de la sala,
y, aterrado, al momento se retira,
con una opresión vaga,
cual si su rostro macilento y pálido,
lleno de grandes manchas azuladas,
en el livor de la convalecencia
la imágen de la muerte reflejara.
Se agitan los pesados cortinones,
como si el paso de alguien anunciaran,
con un gemir ceremonioso y lento

de pura aristocracia.

Las lunas de los límpidos espejos
en su fondo retratan
los grabados al óleo, que el tiempo
con su patina de humedad arranca.

A un lado de la plaza está la iglesia,
pequeña iglesia árabe de España,
que evoca del *muezzin* los alaridos,
llamando á la oración, como un fantasma.
Hay un ambiente de recogimiento
bíblico por la plaza.

Cuatro viejas sentadas á la puerta
mascullan oraciones, fatigadas,
con sus temblones dedos desgranando
las cuentas del rosario desgastadas.

A la esquina del muro
un famélico can, lúgubre, ladra.

De la orilla del río

viene un rumor de músicas profanas.

—¡Si vieras que simpático era el chico
que me siguió aquel día en esta plaza!...

La amiga se sonríe: Sor Elisa,
que las oye, se enfada.

Por la vieja avenida del Cabildo,
donde crecen las húmedas acacias,
leyendo un libro ó recordando á un novio,
pasean las humildes colegiales.

III

Los enamorados,
sentados en los bancos de las plazuelas,
mirándose y unidos,
contemplan distraídos
á los niños que salen de las escuelas,
ó escuchan extasiados
orquestas de bandurrias y de vihuelas,
ó el sexteto ambulante
de ciegos que caminan á compás,
grotescos en su marcha titubeante,
dando un paso adelante...
y muchos hacia atrás...

Allí estamos los dos, sin hablar nada,
mirándonos con tedio ó con cariño.
Se clava en mí tu fúlgida mirada,
y yo me siento niño
y lloro sin saber lo que me pasa,
y hay algo que el espíritu me abraza...

Recuerdo aquellos días
 en que tú me querías,
 aunque no te había dicho que te amaba:
 tal vez romper sentías
 el misterio que así nos enlazaba.
 Y era que comprendías
 que, cuando se ama tanto,
 si se rompe el misterio se destruye el encanto.

Mientras, toca la orquesta callejera
 olvidada habanera
 ó mazurka de gusto provinciano,
 ó antigua polonesa
 de sabor chopiniano,
 ó un vals canalla de *La Gran Duquesa*.

IV

El laberinto de callejas lleva
 á alguna Plaza Nueva
 de mísero y raquíptico arbolado:
 y tosca estatua de burgués se eleva
 en medio de un jardín mal cultivado.

En el gran surtidor del jardincillo
 se quiebra el sol en lánguido desmayo:
 el álamo amarillo
 recibe, como un beso, el postrer rayo.

Allí van las parejas amorosas
 á decirse, en las tardes de verano,
 esas cosas sencillas y preciosas...
 esas cosas
 que se dicen cogidos de la mano.

En las casas de enfrente están corridas
 las añosas persianas polvorientas,
 verdes ó desteñidas:
 véense vagar por salas escondidas
 sombras adormecidas
 en la pereza de las tardes lentas.

De la ciudad rumores mil, discordes,
 se escuchan en murmullo que ensordece.
 y forman un zumbido que adormece
 las moscas con sus gráficos acordes.
 Un repique lejano y argentino
 anuncia alguna fiesta
 en convento de monjas: vespertino
 cántico en el silencio de la siesta.

V

Al caer de una tarde cálida de verano,
 en los bancos se sientan los que sienten esplin;
 por entre unas persianas sale el són de un piano;
 á compases de estudio gimotea un violín.

Un reloj da las ocho: en un ténue *morendo*
 languidece el piano y se calla el violín;
 y, atusando el bigote ó el cigarro encendiendo,
 abandonan los bancos los que sienten esplin.

VI

Fué en una tarde tibia y despejada
 de Abril, cuando, á la vuelta del paseo,
 yo te seguí, como una sombra oculta,
 hasta la calle del Vicario Viejo.

Anocheecía ya cuando llegamos
 á la vieja plazuela del Convento.
 Los oblícuos faroles mortecinos,
 como una ronda nocturnal de espectros
 que caminan siguiéndose los pasos,
 brillaban á lo largo del Paseo
 de la Silla del Rey, que se bifurca
 en un ruin callejón que sale al pueblo.

De la estación los focos fulgurantes
 lucían á lo lejos,
 —como vivos mensajes de otra vida
 llena de luz, de ruido y de movimiento
 en las grandes ciudades bulliciosas,
 donde todos los rostros son risueños,
 donde todos los novios de quince años,
 sin rubor provinciano, se dan besos,
 donde no hay catedrales con campanas
 doblando eternamente por los muertos,
 donde no hay nobiliarios caserones
 con tertulias monótonas de invierno.

En un triste interior de mancebía
 un acordeón desafinaba, trémolo;
 bailaban y cantaban las mancebas
 con loco aturdimiento,
 al compás incitante
 de algún vals canallesco.

Un mendigo con hambre
 rozaba las paredes en silencio,
 y alguna costurera descuidada,
 de trabajar volviendo,
 en tono de falsete canturreaba,

para ahuyentar el miedo,
un cantar aprendido en una fiesta
ó en un baile plebeyo.

El aire sollozaba
en los sauces del blanco cementerio,
en un gemir desentonado y ronco,
como la voz de quien está muriendo,
como una voz ansiosa é implorante
que vimos entre sueños.

Al transponer el portalón sombrío
—donde un rostro de Virgen macilento
clareaba á la luz agonizante
de un farol ferrugiento—
me miraste amorosa y dulcemente,
como mira el que mira, despidiéndonos.

Mientras yo te esperaba
encendióse una luz en tu aposento.
Tocaste *Loin du bal* en el piano
con mucho sentimiento:
sobre la blanca clave refulgían
tus aterciopelados ojos negros.

Arrecido de frío,
pensaba yo escuchando los arpegios
de las seniles teclas marfileñas:
—Lejos del baile, lejos...
Lejos del baile, sí... Lejos del mundo
y de sus devaneos,
¡qué felices allí los dos seríamos!
en aquel caserón sombrío y viejo,
interpretando tú música antigua,
forjando yo mis versos!...

Y siempre terminaba en un plañido
tremante, prolongado y lastimero.
Y brillaban allí, sobre la clave
del piano senil, tus ojos negros.

Fué en una tarde tibia y despejada
de Abril, cuando, á la vuelta del paseo...

MARTÍN ORTEGA

NOTAS MÉDICAS

Uno de los principales medios de evitar el alcoholismo, que tantos daños causa en todo el mundo, es aumentar el impuesto sobre los alcoholes, obligando así á los vendedores á que suban su precio; pero como quiera que

desgraciadamente se suelen tener en cuenta más los intereses del Tesoro que los de la Higiene, este medio, que podría ser excelente, no suele ponerse en práctica. Un aumento pequeño no da resultados satisfactorios, como lo prueban las estadísticas hechas en Francia. Para obtener los efectos que se desea sería preciso hacer el alcohol inaccesible, por su carestía, á los obreros y á la clase media. El aumento de contribución á las tabernas no resuelve nada, porque si bien disminuye el número de ellas, se fundan almacenes de gran capacidad, donde se bebe sin más diferencia que ser mayor el número de bebedores que se embriagan simultáneamente.

El obligar á construir tabernas sin mesas ni asientos, donde no se pueda permanecer sino incómodamente, no llevaría sino á multiplicar el número de establecimientos ó á transportar el vicio al seno de las familias. Más, mucho más radical y beneficiosa es la medida de prohibir la venta de alcoholes, salvo como medicamentos. Este procedimiento es el que primero siguió el Estado del Maine, siendo luego imitado por otros varios, como los de Kansas, Iowa, Doriota y otras provincias occidentales de Canadá. Para vigilar el cumplimiento de la llamada «ley del Maine» existe una policía especial. En la actualidad diez y seis Estados la obedecen. El alcohol industrial solo puede circular desnaturalizado. Suecia aplica la prohibición local para las bebidas destiladas, Noruega para todas las alcohólicas.

La limitación de las horas que han de estar abiertas las tabernas no logra sino disminuir el número de trasnochadores, pero nunca el de alcohólicos. Mucho más oportuna y lógica es una ley francesa, aún no puesta en vigor (Ballet), prohibiendo servir bebidas á los borrachos y á los niños. La prohibición de la venta de aperitivos en las cantinas de los cuarteles, hecha por el Ministerio de la Guerra francés, no ha respondido á las esperanzas que en ella se tenían, así como tampoco el no reconocimiento de las deudas de taberna ni la aplicación de leyes penales contra el delito de embriaguez.

En Inglaterra ha obtenido gran éxito una ley, mediante la cual todo propietario de un terreno tiene derecho á impedir que en él se construyan locales ó edificios destinados á establecimientos de bebidas. Así se ha llegado á alcanzar que haya barrios enteros sin una sola taberna. En otras poblaciones se deciden por la prohibición local, después de sufragios públicos en que pueden tomar parte las mujeres.

El monopolio del alcohol por el Estado ha sido defendido en Francia por Alglave, Guillemet y Manjan; pero contra lo que sus defensores opinan ó por lo menos sostienen, más que una reprensión del alcoholismo es un medio de enriquecer al Tesoro, contribuyendo á la ruina de las clases pobres de la sociedad (Ballet).

La verdadera profilaxia debe ir contra las costumbres. De aquí la gran importancia que las sociedades de templanza van adquiriendo.

Los médicos, los sacerdotes, los maestros, los oradores de sociedades de obreros, tienen una importante función: la de predicar sin descanso, haciendo ver los peligros del alcohol, no en conferencias pomposas y ridículas, hechas con el propósito de lucirse y sentar plaza de erudito, aunque el auditorio no les comprenda, sino con el de restar víctimas al vicio. La campaña anti-alcohólica urge que comience sin dilación en todas las poblaciones grandes y pequeñas. Para esta labor deben unirse hombres de todos los partidos y de todas las condiciones posibles sociales, sin distingos ni reparos, pues el enemigo que hay que vencer es poderosísimo y cada vez va conquistando mayor número de prosélitos. Cifras hablan. Véase la siguiente lista, en que á la izquierda está el año y á la derecha el número de litros consumidos en Francia por habitante:

En 1830.	2'24 litros.
1850.	4'26 »
1860.	4'54 »
1870.	5'38 »
1871.	5'62 »
1885.	7'70 »
1891.	9'12 »

1895. 8'14 »

1898. 9'44 »

No reside en esto solo todo lo pavoroso del problema alcohólico, hállase en el coeficiente de toxicidad que poseen las bebidas que gozan de más partidarios. Cálculos sacados de los experimentos concienzudos realizados por Joffroy y Serveaux demuestran que las substancias contenidas en un litro de ron pueden matar las siguientes cantidades de materia viva:

500 cc.' de alcohol etílico..	64 kg.	102
0 cc.'763 de éter..	0 kg.	191
0 cc.'153 de aldehido..	0 kg.	153
0 cc.'034 de furfurool..	0 kg.	243
0 cc.'387 de alcohol superior..	0 kg.	258

Es decir que de los 64 kg. 947 de substancia orgánica que es capaz de matar un litro de ron, 64 kg. 1002 lo son por el alcohol etílico, precisamente el que más se prodiga en los licores.

Cuestión es esta que exige ser tratada con mucha mayor extensión; pero basta con lo expuesto para hacer recaer la atención de los hombres de buena voluntad y amantes del prójimo, sobre tales asuntos, pues una vez conocidos, lo interesante de ellos bastará para hacer germinar en los cerebros la idea de la importancia que tiene para el bien de la humanidad el atajar el peligro antes de que todo remedio sea inútil.

J. B. RIOS

LA TAPADA DEL CALLIZO

I

—¡Yo digo á usarcedes que era una buscona!—exclamó el capitán Grijalba poniéndose de piés y descargando tal puñada en la mesa que hizo despertar al hermano Gregorio, quien dormitaba en su sillón de cuero una hora hacia.

¡Válame Dios! ¿Qué ruido es aqueste?—murmuró aterrado el fraile.

—No puede ser—dijo entonces el alcalde

Velilla reterciendo el mostaeho.—Bien saben Dios y el Rey nuestro Señor, que á las diez de la noche no sale ya ninguna de casa, y harto estoy de hacer rondas con los ministriles, sin topar jamás con ellas. Digo á ucedes que hay gato en esto. Que la dama (si lo es) de alta estirpe procede, y que algún gran caso la lleva á mal traer estas dos noches.

¡Sacar algunos ducados á cualquier majagranzas!

—¿Os ha pedido dinero, señor Duque?

—No tal—respondió gravemente el serio señor de Vilaña,—y en prueba de ello aquí está mi jóven amigo el marqués, que, como yo, referir el caso puede punto por punto, puesto que conmigo lo ha presenciado.

Volviéronse al marqués todas las miradas, incluso la soñolienta del hermano Gregorio.

El joven, gallardamente vestido y armado, mostraba tener veinte años menos que el duque, ya maduro, aunque no de muy avanzada edad; eran ambos de arrogante presencia, y lo noble de su linaje, en su aspecto, á la legua se descubría. El marqués tenía por costumbre reunir á sus cuatro amigos muchas tardes (como aquella) frías y lloviznosas, para refrescarles el paladar con vinos exquisitos, servidos en doradas copas, y convertir por un rato el gran salón de la casa señorial en otro mentidero.

—Señores—comenzó el marqués sorbiendo una copa de Yepes,—habéis de perdonarnos al duque y á mí, en gracia de la verdad que os diremos. lo vulgar del relato. Sabeos, pues, que esa tapada se nos ha aparecido dos noches seguidas antes de llegar al portal de la mancebía de la Tomillera.

—¡Creo, pues, que no me equivoqué, con perdón de ucedes!—exclamó Grijalba soltando el trapo.

—¿Esas tenemos, señores?—refunfuñó el monje.

—¡Siga vueseñoría!—esclamó el alcalde.

—Púsoseos delante—continuó el marqués,—y con una vocecilla suave como gorjeo nos dijo: «No entréis», tan dulcemente, que mas bien parecía voz divina que humana. No hici-

mos caso y fuimos adentro; pero la noche siguiente, que fué la pasada, tornó á aparecer repitiendo la frase, y como insistiéramos se puso de rodillas y juntó las manos como suplicando. Acudí á levantarla y pedirle con la mayor cortesía que descubriera su rostro. Negóse. Quise yo entonces verlo por mi cuenta, pero la tapada dió á correr más ligera que una corza, y este es el cuento, sin quitar ni poner coma. Quedamos el duque y yo asaz mohinos, y como esta noche torne á gemir, ¡vive Dios, que no se escapa!

—¿Qué piensan usarcedes que debemos de hacer?—dijo el duque.

—Mi opinión es que si vuestras grandezas—dijo el fraile—no se ocuparan en esas niñerías, ahorraran estas aventuras y recados.

—¡Cuerpo de mi padre!—gritó el capitán Grijalba.—No profesamos el hábito de ucé ni hicimos votos de castidad. Dios nos tomará en cuenta estos pecadillos; y por lo que á mí atañe, sé decir que la dama no pasa de ser una palomilla torcaz que levantará de fijo el vuelo con un par de doblas de á ocho. Yo tuve en Milán dos ó tres aventuras de éstas, y cuando pasé á Nápoles las tuve peores. De ninguna saqué rajado el pellejo y sí ética la bolsa. Esto fué todo.

—¡Insisto en lo que dije!—añadió el alcalde.

¡Por mis barbas!... Fácil es verlo. Acompañemos esta noche á sus señorías, si no les empece.

—En ninguna manera, señores—dijeron el duque y el marqués.

—Y uced, hermano, ¿vendrá?—preguntó fisgando Grijalba.

—¡Libreme de ello San Blas! Sin contar que no puedo faltar del convento por la noche. Vayan benditos de Dios y muy enhorabuena. Yo sólo deseo que no salgan de estas y otras tales aventuras con las costillas quebradas ó el cuerpo dañado de peores heridas.

Llegaron en esto los pajes con la litera del duque. Ofrecióla el señor de Vilaña al capitán, que bajó con él; quedaron el alcalde y el monje con el marqués otro ratillo, y se separaron, citándose los cuatro á las nueve y media en las gradas de San Felipe.

II

Obscura como boca de lobo era la noche, y llovizna y ventisca continuaba cuando los cuatro caballeros emprendieron el camino hacia el callizo en donde sentaba sus reales la mancebía de la Tomillera.

Poca plática emplearon en el viaje, y llegados que fueron al callejón, rebujáronse bien en las capas, y á la luz del retablo de la esquina vieron la figura de mujer envuelta en largo manto que el marqués aquella tarde les describiera.

Avanzó á ellos la dama, y colocándose ante los cuatro, dijo con delicada voz y suplicante acento:

—No entréis, en nombre de Dios.

—¡Va de tres, hermosa!—dijo el duque —y vá la vencida,—y avanzó á ella con objeto de descubrir su rostro.

—¡Atrás!—gritó aterrada la mujer.

—No os escaparéis, doncella andante—dijo á la sazón Grijalba,—por lo menos sin que os dé un beso para saber si sois ó no de piel fina.

Y cercáronla y se disponían á levantarle el capotillo, cuando los cuatro á la vez se sintieron tal cintarazo en las espaldas, que se revolieron como leones, dando lugar á que la dama huyera más que al paso.

Halláronse frente á frente de cuatro embozados, con anchos fieltros y las espadas desnudas.

—¡Hola! ¿Rufiancicos tenemos?—chilló el capitán. Y sacando una espada enorme, tiró una estocada al que tenía más cerca, pero éste la paró y descargó de plano en la cara del capitán tal linternazo, que lo dejó aturdido.

El duque, en tanto, arremetió á otro con tan buena suerte, que de la primera estocada lo tendió á sus piés, y el marqués y el alcalde pincharon lo que pudieron, no sin recibir una lluvia de latigazos (de plano siempre) que les pusieron las caras perdidas.

Incontinenti que vieron caer á su compañero, los otros tres diéronse á la fuga, dejando calientes al marqués, al alcalde y á Grijal-

ba; no así al duque, que no recibió ni la más pequeña lesión.

Acercóse al muerto, y al verle la cara retiróse de un salto, pálido y con los pelos de punta, y tornándose á sus compañeros les habló de la siguiente manera:

—Caballeros, apelo á vuestro honor reconocido para que me concedáis una gracia, y ha de ser la de volveros desde este mismo instante, sin acercaros á este muerto ni verle el rostro. Vos, alcalde, no venís de ronda, y el que lo sea retirará al amanecer al difunto, y ucedes retírense, que me harán en ello merced tanta, que les estaré toda mi vida reconocido.

Los tres, zurrados y melancólicos, oyeron con asombro la palabra del duque, y como no querían contrariarle, aunque nada de ello comprendían, se fueron á sus casas en demanda de algún unguento que les aliviase.

El duque volvió á su palacio, y al penetrar en su rico dormitorio halló una carta sobre la mesa.

La carta decía:

«Padre y señor: Una pasión invencible, callada y oculta como al recato de una doncella conviene, me hizo convencerme por mis propios ojos de la maldad del marqués, á quien amaba con locura. Perdonadme, señor; yo no os reprendo, pero ni puedo ser esposa de nadie (por que le amo), ni tampoco de un hombre hundido en el vicio. Fui á buscaros desesperada ya, y por este delito y la muerte de vuestro mayordomo, me recluyo desde este instante en el monasterio de Benedictinas, donde pienso morir.—Vuestra hija, *Doña Mencia de Vilaña.*»

El duque no volvió jamás á casa del marqués. Cuantos esfuerzos hizo por arrancar á su hija del claustro fueron inútiles.

Pero el único que se enteró de todo y por el hilo sacó el ovillo, fué el hidalgo Velilla, alcalde del rey Felipe, á quien su compañero de ronda enteró detalladamente del muerto hallado aquella noche en el callizo de la Tomillera.



LA PRIMERA
EDICIÓN

«Muy señor mío y querido cliente: Tenemos el gusto de manifestarle que la primera edición de su libro las *Golondrinas* ha sido agotada y había de hacerse otra nueva.

Hágame el obsequio de tomarse la molestia de venir por la librería para entendernos respecto al particular.

Suyos afectísimos etc., etc.,

Rojas hermanos, editores.»

Al recibir esta carta, nos contaba el otro día Enrique Benavent, el célebre autor dramático, creí morir de alegría y de sorpresa, más casi de sorpresa que de alegría.

¡Agotada la primera edición de las *Golondrinas*, mi primer ensayo literario, un libro de versos! ¡Veintidos años, sin conocer á nadie en Madrid, sin un artículo de crítica en favor mío, sin otra cosa que algunos *reclamos pagables* en la cuarta plana de los periódicos más modestos!... ¿En cuánto tiempo se había obtenido este resultado inesperado, inverosímil? ¡En un mes escaso...!

Luego... ¡aquello era un éxito, un verdadero éxito!... ¿Tendría yo talento? ¿Empezaba á ser apreciado por aquellos de mis contemporáneos que tanto había calumniado hasta entonces, acusándoles de ser rebeldes á todo ideal poético, tratándoles de «mercachifles» imbéciles?

No debía detenerme en el camino empezado... después de aquel libro, otro... ¡Ya había trabajado en él hasta en sueños! ¡Después vendría el teatro, ese poderoso trampolín que de un golpe lanza al predestinado en plena gloria, haciendo su fama en una noche, elevándole á las estrellas...! ¿Y la novela? ¿Por qué no cultivar la novela?... Pensaba ya en hacer detenidos estudios psicológicos, descripciones sugestivas y exactas... Mi cerebro no descansaba... Todas las locas ambiciones de los veinte años revoloteaban en mi cabeza... Sin darme cuenta, leía y releía la dichosa carta... Recorría á grandes pasos mi habi-

tación de extremo á extremo, gesticulando y conmovido de entusiasmo...

—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede muchacho?

La figura de mi abuelo acababa de aparecer en el marco de la puerta. Era un anciano de aspecto bondadoso, recién rasurado, de nariz grande y enérgica, de viva mirada que centelleaba tras unas gafas bien sentadas sobre la aguileña nariz, la peluca cuidadosamente peinada, encuadrando con sus severas ondulaciones la cara sonrosada y resplandeciente de calma.

—¿Qué tengo, abuelo? ¡Toma, lee!

—¿Y qué?—dijo al recorrer la carta con la mirada.—Esto me confirma que tus versos son muy hermosos.

—Pero, ¿no crees, abuelo, que es un éxito inesperado?... Hoy en día no se leen versos.

—Se leen los tuyos... y esto debe bastarte.

—¡Ya lo creo!

—Luego ¿eres feliz?

—¡Mucho!

—¡Eso es lo que yo quiero!

Y el viejo abrió su tabaquera, sacó un polvo de rapé y con gran parsimonia se atiborró las narices con el fino polvillo de tabaco, sin dejar de mirarme y sonriendo con sus alegres ojillos.

* * *

Un cuarto de hora después estaba en casa de Rojas.

Todo el mundo literario conoce esta célebre casa editorial, vasto almacén encasillado de arriba abajo, donde los volúmenes clasificados con esmero se alinean en filas blancas, amarillas y azules. Una barandilla de madera separa en dos pisos toda la vasta anaquelaría.

Aquello es un ir y venir incesante de empleados, escritores y viajeros: volúmenes de papeles que suben ó bajan suspendidos por finas poleas. Una especie de taller intelectual, cuyo producto inagotable es el pensamiento impreso circulando por todas partes.

En dos zancadas subí al primer piso, donde estaba el gabinete del mayor de los Rojas, que era el que se ocupaba preferentemente de

todo lo relativo á tratos y visitas de los autores.

Encontré la puerta cerrada. Se oía dentro murmullo de voces. El principal estaba ocupado. Me senté y aguardé mi turno. En aquel momento de espera recordaba la emoción que experimenté la primera vez que había ido á aquella casa. ¡Con qué palpitaciones del corazón había subido aquella escalera con mi manuscrito bajo el brazo! Y... cuando entré en el despacho de Rojas, ¡qué temblores sentía en mis piernas y qué estremecimientos en todo mi ser!... Me había recibido cortés, pero fríamente. ¡Después de todo tenía razón! Un joven de veinte años... un desconocido que le llevaba ¿qué?... ¡versos!... ¡Un artículo que casi no se vende en librería! Una novela, pase; pero... ¿versos?

No obstante, había consentido en editarlos á condición, por supuesto, de que yo corriese con los gastos...

Después de esto había pasado por todas las emociones de un primer libro: las pruebas que llegan de la imprenta, húmedas aún, llenas de faltas que desesperan y cuya corrección parece no llegar nunca; las vacilaciones gramaticales incesantes; las faltas de prosodia, dudosas; las luchas encarnizadas con los tipógrafos, renovadas á cada instante por una pequeñez que nos hace calificarlo *in petto* de imbéciles; insulto que, por otra parte, le pagan á uno con la misma moneda; el *índice* que no está hecho; el *título* y el *sub-título* que hay que componer de modo que seduzca las miradas del comprador y lo atraiga; la elección del color de la cubierta; y esas cuatro palabras que explican el concepto de la obra y que, sin aparentarlo, son esencialísimas, puesto que levantan una punta del velo que cubre el pensamiento del autor y son como esas tres campanadas que en el teatro anuncian el comienzo del espectáculo; la aparición, en fin, del libro nuevecito, emperifollado, en los escaparates de las librerías...

La puerta del despacho de Rojas acababa de abrirse..., el académico salía de él acompañado hasta la puerta por los saludos del editor. Un buen cliente á quien había que te-

ner contento... ¡Llegaría yo también á donde él había llegado, Dios mío!

Rojas me hizo señal de entrar, benevolente y casi paternal. Me invitó á tomar asiento, y colocándose frente á mí en su butaca de cuero, me dijo:

—¿Ha recibido V. nuestra carta?

—Sí, señor Rojas.

—¡Un libro de versos agotado en un mes!... Aquí entre nosotros... no lo comprendo.

Esto era poco lisonjero para mí, pero yo mismo había experimentado tal admiración, que no pude escusarme de hacérselo ver.

—Muy extraño es lo que pasa con su libro— continuó;—lo compran, pero nadie habla de él... Es la primera vez que veo esto en librería... ¡Muy raro, muy raro!

A pesar de esto, convinimos acto seguido en que se tirarían otros quinientos ejemplares de las *Golondrinas* para no perder la venta. En efecto, algunos días después aparecían en todas las librerías mis versos queridos, expuestos majestuosamente en los escaparates, ostentando esta halagüeña fórmula: *Segunda edición*.

Decididamente, yo era alguien. Y no obstante, la reflexión de Rojas me turbaba un poco. Nadie hablaba de mi libro, nadie parecía haberlo leído, excepto aquellos á quienes se lo había dedicado... y no todos.

Después de todo—me decía yo—es una tontería preocuparse por esto. Puesto que las *Golondrinas* se venden, es por que hay quien las compre. ¿Qué más puedo pedir?

Además, el libro no contiene más que versos de amor, versos apasionados... ¡Acaso sean las mujeres las que se lo arrebatan! ¡Oh... las mujeres!...

Y embriagado por este pensamiento, creía ver mi libro, cubierto de papel azul, en manos de todas las damas aristocráticas de Madrid, que de noche, en su lecho, lo leían, adormeciéndose con su poesía, para soñar en ella más tarde.

*
* *

Envalentonado por este primer éxito me puse á trabajar arduosamente. Hice mi pri-

mera comedia, *La abuela*, que, como sabeis, tuvo la suerte de gustar; más tarde produje *Las víctimas del matrimonio*, después *Los dos hermanos*, y otras, y otras sucesivamente... Había llegado, como decimos nosotros; los años pasaban... y ya ni pensaba siquiera en mis *Golondrinas*, obra primeriza, tímido ensayo olvidado para siempre.

En aquella época experimenté uno de los dolores más grandes de mi vida. Perdí á mi querido abuelo. Extinguióse dulcemente, cuidado, atendido por todos hasta su último instante. Era una de esas naturalezas raras; el egoísmo no había hallado nunca lugar en su corazón, su bondad activa no había retrocedido jamás ante sacrificio alguno cuando se trataba de proporcionar una alegría á los seres amados. ¡Almas tiernas y delicadas que se olvidan en absoluto de sí mismas, para no pensar más que en los otros, creyéndose suficientemente pagados con una sonrisa, pago de la felicidad que proporcionan al prójimo!

Jamás me olvidaré de la dolorosa impresión que experimentamos cuando un mes después de la muerte de ser tan querido penetramos todos en su habitación. Estaba tal como él la tenía, con los muebles antiguos, con los objetos familiares que nos lo recordaban.

El sol filtraba á través de los postigos finos rayos de luz, que caían oblicuamente sobre la alfombra rameada de la habitación, formando á modo de dorada celosía, á través de la cual flotaban partículas de polvo microscópicas. Tobos íbamos de un lado á otro de puntillas y hablando en voz baja. Nos parecía que estaba allí aún, en aquel elevado lecho encerrado entre cortinas, ó sentado en aquella butaca, su compañera, cerca de una mesa, sobre la cual extendía el periódico ó ajustaba sus cuentas con aquella sana exactitud que caracterizaba los menores detalles de su vida.

Un criado, recién admitido en la casa, abrió los postigos bruscamente, indiferente á una emoción que no podía comprender. La luz del exterior inundó de repente el cuarto, y con ella entró una gran ráfaga de aire, trayéndonos los ecos de los mil ruidos de la calle. La muerte dejaba su sitio á la vida.

Y con la vida llegaban sus crueles necesidades. La habitación de nuestro muerto querido debía alquilarse. Era preciso quitar los muebles, vaciar los armarios, dejar libre el campo para el desconocido que venía á ocuparla. Los muertos son reemplazados inmediatamente, sobre todo en las grandes ciudades, inmensas colmenas en perpétua actividad. Apenas queda vacía una celda se instala otro en ella, ignorando quién le ha precedido, como ignora quién le seguirá.

Empezó el traslado. Yo estaba penosamente impresionado. Todo cuanto quedaba de mi pobre abuelo me parecía dispersarse, desmenuzarse poco á poco.

Aquella existencia regular que durante más de treinta años giraba en tan pequeño espacio, había dejado su huella en todas partes. Cada mueble trasladado, cada cajón que se vaciaba era un recuerdo removido, arrancado de raíz. Jamás he comprendido tan perfectamente el *Sunt lacrymæ verum* del poeta. Si; aquellas mil nonadas acumuladas en tanto tiempo sufrían cruelmente, estoy seguro, al ser arrebatadas sin piedad á su acostumbrado sitio, á la tranquila obscuridad en que dormían.

Uno de los que me acompañaban lanzó de pronto una exclamación de asombro y me dijo mostrándome un armario que acababa de abrir:

—¡Enrique!... ¡Ven á ver esto!

Miré y ví... ¡oh querido abuelo!... ¡oh excelente hombre!... ví todo el armario repleto de libros iguales, no cortados aún, cubiertos de azul... ¡las *Golondrinas*!... ¡las *Golondrinas*!

Allí estaba casi entera la primera edición, aquella edición tan rápidamente agotada «*de la que nada se hablaba y sin embargo se vendía*», como había dicho Rojas.... ¡Ya lo creo que nada se hablaba de ella! ¡Era mi abuelo quien la había comprado!... ¡Aquel público ávido, insaciable, era él sólo! ¡Aquellas bellas duquesas á quienes yo me figuraba devorando mis versos, reclinadas entre los encajes de su lecho... *eran él!*

De rodillas, tocaba con mano temblorosa

EL ESTRAGO

I

aquellos libros intactos y viejos á la vez. Algunos llevaban el sello de las librerías más alejadas; unos venían de cualquier almacén de las afueras, otros del extremo opuesto... Al examinarlos me imaginaba al pobre viejo adorado dirigiéndose con rápido paso, y como él decía, correteando por los cuatro extremos de Madrid para comprar el libro de su nieto! Veíalo entrar en librerías, pedir orgullosamente las *Golondrinas* de Enrique Benavente, tomar dos ó tres ejemplares—los más que podía llevarse sin despertar las sospechas del comerciante—y encaminarse con ellos bajo el brazo á casa, riendo para su sayo de su astucia cariñosa y conmovedora. Apenas en su habitación, corría al armario y ocultaba su botín, feliz de ver las pilas de libros crecer, crecer siempre... ¡Había ocultado su secreto durante más de quince años! Su delicadeza no hubiera aceptado un agradecimiento que tan merecido tenía.

Entonces recordé la frase que me había dirigido, sonriendo tras sus gafas, el día que recibí la carta de Rojas:

—¿Tú eres feliz?... ¡Pues eso es lo que yo quiero!

¡Sí, yo era feliz, abuelo querido! Ninguno de los éxitos que después he tenido ha igualado á éste, á la felicidad de saber que la primera edición de mi primer libro había sido agotada. Ahora ya sé cómo lo fué... conozco tu inocente añagaza... y á la pasada alegría ha venido á unirse el profundo reconocimiento que siento por aquel que me la ha proporcionado... ¿Amarte más?... No sería posible. ¡Pero tu delicada atención me ha demostrado que lo más atractivo y lo más sublime de este mundo es la Bondad!

* * *

Enrique Benavente se detuvo. Una lágrima se deslizaba por sus mejillas. Y todos los que le rodeábamos permanecimos silenciosos, dulcemente conmovidos por aquella historia.



¡Murió Borbón! Del perforado pecho la sangre tiñe su bordada vesta; un grupo de lombardos le recoge, prorrumpiendo en aullidos y blasfemias. Enfrente, la ciudad. En sus murallas truena el mosquete y silba la ballesta; la pez humosa que el caldero vierte rezuma, ennegreciendo las almenas; llenan el aire dardos y rejonos, flechas agudas, arrancadas peñas, y el plomo derretido se derrama, tuerce sus gotas que, chillando, humean, y atraviesa los yelmos y espaldares, perforando costillas y cabezas. Resiste el muro, mas la chusma innober, á sueldo esclava del austriaco César, vuelve al asalto con tremenda furia, buscando abrir la codiciada brecha. ¡Ejército brutal! ¡Hampa sin gloria formada por las heces de la guerra! Desertores, bandidos reclutados en tascas, en garitos y tabernas, lasquetetes teutones que los fríos dejaron de sus áridas estepas, Flamencos que en Amberes y que en Brujas mezclaron con la sangre la cerveza, forzados de Castilla cuyos brazos se rindieron remando en las galeras con la espalda escaldada del rebenque, tatuado el pecho en la mazmorra negra. Con ellos, vagabundos y judíos, cual buitres que la muerte merodean, prostitutas de voz enronquecida que de noche se arrastran en las tiendas, haraposos, ludibrio de sus canas, escoria, fiemo, perdición, pavesas... ¡Esa es la gente que el señor del mundo, Carlos de España y de Alemania, lleva sobre la Casa que fundó San Pedro, de Jesucristo ante la frase inmensa, sobre los templos que cimiento tienen del dulce mártir en la sacra huesa,

entre los aires que la Voz Divina
hizo temblar con bendición eterna!

II

¡El Pontífice huyó! Loco rebaño
que el pastor abandona en la tormenta
le sigue por estrecho pasadizo
del palacio á la altiva fortaleza;
llevan consigo pectorales, joyas,
santas reliquias que el terror venera,
oro en las faldas de morado raso,
cálices en capelos y birretas:..
Prelados, damas, purpurados, monjes,
cuanto de grande el Vaticano encierra...
y oran todos, llorando de rodillas,
del frío suelo en las gastadas piedras.

III

¡La grey entró por fin! Un alarido
de fiero triunfo los espacios llena.
Filiberto de Orange les conduce
blandiendo el hierro en la furiosa diestra.
«¡Sus! ¡Al saqueo!» desde el potro grita,
acudiendo, sin casco, sus melenas.
«¡Vengad al Condestable y atracaos
de oro, de sangre y de mujeres bellas!»
Se precipitan con horrible fiebre,
hienden sus hachas las talladas puertas;
los servidores con su sangre tiñen
los mármoles de patios y escaleras,
hunden la lanza en el tapiz bordado,
rompen los vidrios de la ojiva esbelta;
jarros de plata y azafates de oro
llenan las aldas de las furias ébrias,
saltan monedas al rasgar los sacos,
y al recogerlas chocan y se enredan;
rompen collares las manazas burdas,
jurando entrambos por lograr la presa.
Allá, mas lejos, en los átrios fríos
y escalinatas de suntuosa iglesia,
revuélvense en el lodo las casullas
y ruedan por los tramos las patenas;
las Santas Formas, en el barro inmundo,
con impío furor se pisotean;
raspan los frescos con agudas picas,
quemán los cuadros con rojizas teas,

Cristos de talla y esculpídos monjes,
Virgenes del altar y anacoretas
arden en medio de las anchas plazas
para recreo de la chusma fiera;
arrastran á rincon ensangrentado,
desmayadas, á púdicas doncellas,
y á la vista del padre ó de la madre
su torpe vicio entre jazmines céban;
religiosas en hombros de sicarios
su cuerpo virgen desnudado muestran,
y á Dios demandan, cual favor postrero,
rugiendo de pudor, el verse muertas.
La capilla Sixtina es una cuadro
donde los brutos pastan y cocean
bajo el grave Moisés de Miguel Angel,
cuyos ojos helados les contemplan;
las mitras y las tiaras, los retablos,
se amontonan en patios y en aceras,
corren torrentes de exquisitos vinos,
que se amalgaman con la sangre negra.
¡Pillage colosal! ¿Quién de las hordas
puede acallar la atroz concupiscencia?
¿Quién detendrá con poderoso brazo
la catarata que el furor despeña?
¡Bestiales gritos y fragor de muerte
por toda Roma sin cesar resuenan.
elévase las llamas del incendio
sobre Palacios de calada piedra,
los caballos furiosos descuartizan
los miembros de las víctimas que quedan,
se cortan dedos por lograr anillos
que á niveas manos con amor aprietan,
se quema vivo al que ocultando el oro
de estar exhausto ante el sayón protesta,
se amarra á los esposos y á su vista
se amenaza privarlos de sus hembras,
y luchan entre sí por los puñados
de florínés y escudos que desean,
y desbordado el odio entre compadres,
con sus propias espadas se atraviesan!
El humo negro la ciudad envuelve,
vapor de sangre los callizos llena.
¡Pronto la peste sus efluvios vagos
elevantá sobre las carnes muertas!

IV

¡Roma inmortal! Colinas sacrosantas
en las que Pedro edificó su Iglesia,

fué tu mal sino en dilatada historia
 dar á tiranos tu sanción suprema.
 Siempre te hollaron tus rebeldes hijos,
 y eres hoy grande porque Voz inmensa
 te hizo mirar al olvidado cielo
 quitándote los reinos de la tierra.

CÉSAR JUARROS

BIBLIOGRAFÍA

Ramón Trilles. — *A mores*-(Poema) Valencia 1904

Cuando terminé el último verso anocheía. Sobre el jardín iba cayendo una calma sepulcral. Las ramas de los plátanos se agitaban en monótonas oscilaciones, destacándose sobre el tono violado del horizonte. Al fondo, en los claustros, lejana, vaga, malancólica, sonaba una campana. El tono gris del cuarto se iba acentuando y por la ventana entraba una luz triste y apagada que daba á los muebles penumbras evocadoras de un misticismo agónico y extraño. Todo el poema recién acabado de leer volvió á pasar por mi memoria dulce y seductor. Mi alma, mi pobre alma enferma se confundió estrecha, íntimamente con el alma del poeta, y con ella lloró sus amores desgraciados, sus ilusiones perdidas, sus esperanzas irrealizadas. Entre los dos espíritu existía una rara analogía, una misteriosa comunidad de afectos. Tan íntima fué la fusión, que hubo lágrimas en mis ojos al recordar la pobre novia muerta, sin que nadie se enterase de su muerte.

La noche iba descendiendo lenta, pausada, y al misterioso influjo de las sombras, la imaginación inquieta y doliente iba forjándose raras historias de amores, llenas de encanto y poesía conducida por el genio del artista. Nacieron mil románticas locuras. Todo el dormido fondo de aventurero volvió á resucitar, y lo que la vida me había siempre negado supo otorgármelo mi cerebro desenfrenado, ebrio, subyugado por el admirable y profundo rimar. Fueron unas horas de fuga al campo del ensueño, único rincón que para refugiarse les queda á las almas débiles y

martirizadas; vímil cosas enloquecedoras, nidos de amores, amadas celestiales, tálamos de flores, bellezas sin ropaje; oí frases de manso ritmo, promesas consoladores; di besos en labios rojos de diosas, sentí sobre mis ojos la caricia de miradas arrobantes como las de las mujeres de Vinci, hallé cuerpos que se entregaban entregando el alma, diosas sin altares, hombres nobles hijos de la fé, sacerdotes de la religión de la belleza. Llegó al fondo de mi ser la salvadora lluvia esperada mil eternas noches, arrullado por la fatigosa canción de la carcoma. Rompiéronse las cadenas, y toda la muchedumbre de horribles pensamientos creados por la duda abandonaron mi ser.

El encanto duró poco, la Realidad despiadada volvió á ser mi dueña, recobró su centro la razón y todo aquel mundo fantástico fué borrándose, poco á poco, lentamente, como se deshojan los árboles en Otoño. Al final solo quedó en mí la convicción de que Trilles es un gran poeta, uno de los verdaderos poetas que ha sabido hermanar el fondo y la forma.

Es este un gran mérito, pues ahora cada vez va siendo más común cuidar el estilo, aunque sea para no decir nada. Lástima de labor concienzuda y estéril que, como muy oportunamente demostró Ribot, tanto aleja al arte de su verdadero fin. El parnasiano es un virtuoso que voluntariamente se separa del vulgo, para resignarse á ser juzgado solo por unos cuantos técnicos, que por este mismo hecho de ser técnicos suelen ser poco artistas. Cuando sobre lo imaginativo se alza la razón, el arte tiende mucho á dejar de serlo.

Trilles es pues un poeta de los que ya no se encuentran, de los que cuidan la forma y al mismo tiempo dicen muchas y muy sentidas cosas.

Keujiro Tokutomi.—*Nami-ke*.—Barcelona 1904.—Casa Manei.

Es un desencanto. Al cortar sus hojas se espera hallar algo exótico que venga á refrescar el hastío de nuestras almas con nuevas sensaciones, con impresiones distintas á las que experimentamos en la vida corriente; pero

bien pronto toda esperanza se desvanece, allí no hay nada absolutamente original, nada cambia del ambiente europeo. Niños vestidos de marinero, empleados que malversan los caudales que el Gobierno les ha confiado, maridos inocentes que habiéndose olvidado un bastón vuelven á buscarlo, dejando sola á la mujer con el que intenta sustituirlos; suegras irascibles á la manera de Taboada, amigos que no lo son, enamoradas que mueren tuberculosas, pañuelos que se agitan al cruzarse los trenes; todo igual que en Europa sin una sola diferencia. Hasta para colmo de desdichas, gustan las señoritas de coleccionar postales.

Este primer desencanto disminuye ya en gran parte el deseo de leer la novela japonesa; pero la desilusión se acentúa aún más ante aquella acción neciamente romántica, latamente diluida, sin consideración alguna al lector.

Un joven marino, que va para héroe, llamado Takeo por más señas, está recién casado con arreglo á los últimos procedimientos con una bella y aristócrata japonesita, Nami-ko. Ambos esposos se adoran y los continuos viajes del afortunado marido, en vez de mermar aumentan la intensidad de la pasión. Como quiera que lo bueno dura poco, la suegra de Nami-ko, la señora viuda de Kawashima, la da por lo malo y *la toma*, que dicen nuestros chulos, con la inocente nuera.

No es este su único enemigo: Chijiwa, primo de su marido, la ama en secreto; pero con frenesí, y al verse rechazado y derrotado en toda la línea jura venganza, sin pararse á meditar que eso del amor no es cosa que tan fácilmente se consigue. Menos venganza y más paciencia y mala intención quizás le hubieran dado mejor resultado.

Este Chijiwa, á pesar de lo poco conocido de su apellido, es un verdadero *punto*, y para salir de uno de sus innumerables compromisos no halla solución mejor que falsificar la firma de su primo el caballeroso Takeo. Este se entera, como no podía ser por menos, y en un arranque de nobleza salva á su primo, rompe sus relaciones con él, y de paso, ya puesto á romper, el pagaré comprometedor. Con tal

motivo aumenta el odio de Chijiwa en proporción alarmante.

Pasados unos meses, entran en escena unos cuantos bacilos de Koch, como decididos colaboradores de Kawashima y de Chijiwa. Nami-ko enferma de tuberculosis y sobreviene el conflicto. Los japoneses, que por lo que vamos viendo no son tan felices ni tan geniales como aseguraban en una popular opereta, tienen una ley meced á la cual cualquier enfermedad contagiosa puede ser causa de divorcio. Kawashima, aprovechando la ausencia de Takeo, que se bate como un león contra los chinos, gestiona, influida por Chijiwa, la separación y lo consigue. Takeo se entera y no blasfema porque se lo impiden los buenos principios que tiene; pero jura no volver á ver á su madre.

Dos trenes se cruzan y con ellos los esposos que agitan los pañuelos como si quisieran cambiar el tercio. Cuando Takeo regresa al lado de su esposa, ya curadas las heridas que recibió en la batalla, se la encuentra junto á un ciprés, bajo la fría blancura de una lápida de mármol, ó lo que es lo mismo, aunque más breve, muerta. Chijiwa parece en la guerra.

Alrededor de estos personajes hay otros episódicos, cuyos nombres no copiamos por temor á los cajistas.

Este es el asunto que, como podrá apreciar el lector, no tiene nada de original. Además, está sobradamente diluido, y sobre tales defectos se alza uno, y es la falta de ambiente. A no ser por los nombres no se enteraría uno de que la novela se desarrolla en el Japón. Ya al principio, en un semi-prólogo se advierte al público que lo más notable es la extraña semejanza entre las costumbres japonesas y europeas; pero como quiera que tales semejanzas no están muy en acuerdo con los que otras obras dicen, y como en el libro se deslizan algunos anacronismos de bulto, témome mucho que todo ello sea de fabricación ajena al Japón. Una especie de *Japón-Codorniu*, capaz sólo de entretener á las buenas gentes que leen á Carolina Invernizo, pongo por mal, novelista.

La batalla del Yalú, que hubiera podido ser una bella página, está narrada en un estilo noticieril completamente insoportable. El único entretenimiento del libro hállese en las ilustraciones, menos malas de las que ordinariamente se estilan por estas tierras.

William James.—Los ideales de la vida.—Biblioteca sociológica internacional.—Barcelona 1904.

Los humanos en general somos bastantes crueles y despiadados para con nuestros semejantes. La necesidad de luchar para vivir nos obliga á mirarles como rivales temibles, como usurpadores de algo que nos pertenecería á no disfrutarlo ellos; esto si son superiores á nosotros, si son inferiores nos ponemos en guardia por miedo á que vengan á robarnos lo que trabajosa y penosamente hemos logrado adquirir. Somos malos y perversos, no por maldad instintiva é inevitable, sino por miedo. De igual manera, cuando nuestros juicios pecan de injustos, de ilógicos, no es porque no tengamos deseos de hacer justicia, sino porque juzgamos equivocadamente, midiendo la sensibilidad de todos con arreglo á la nuestra...

Si somos valientes, todos cuantos nos rodean forzosamente han de serlo; si cobardes, los demás también carecerán de valor, y en esta tesitura prodigamos alabanzas y censuras á troche y moche, sin reparar en nada y sometiéndonos voluntariamente á una multitud de errores. Muchas de las víctimas de la sociedad lo son porque ninguno de los que las condenan supo penetrar su estado de ánimo, las especiales condiciones de espíritu y ambiente. Sería una vergüenza que yo hubiera hecho eso, luego también lo es que lo haya hecho cualquier otro, razonamos siempre. Olvidamos con demasiada frecuencia que cada vida es una vida y que no es posible medirlas todas por el mismo rasero. Lo que en unos fué crimen, en otros puede ser virtud. De individuo á individuo hay siempre una distancia enorme que los convencionalismos usuales no pueden salvar. En psicología menos que en ninguna otra ciencia es posible ser absoluto; las almas, tanto en

su fondo como en su manera de evolucionar, difieren aún mucho más que los cuerpos. Respetemos siempre á nuestros semejantes, pues nunca, por muy grande que sea nuestra penetración, llegaremos á profundizar en la etiología de sus determinaciones.

Hay que vivir dejando vivir á los demás, no á costa suya, entorpeciendo la marcha de sus espíritus ni poniendo obstáculos á su desarrollo.

Si al principio no nos es posible alcanzar la bondad, obremos como si realmente fuésemos buenos, recordando que para alcanzar los preciados dones de la alegría, el mejor sistema es mostrarse alegre, aunque en realidad se esté penosamente impresionado.

Tal es la tesis del libro de James, expuesta con singular galanura, en lenguaje limpio, claro, corriente, al alcance de todas las inteligencias. Para leer los *Ideales de la vida* no hace falta castigar la atención, ni aguzar exageradamente la inteligencia, todo es comprensible, sencillo, fácil de entender, sin esos tecnicismos empalagosos de que la filosofía acostumbra á hacer uso. Consuela é instruye y no aburre, tiene todo el encanto de una conversación humorística. Sin fatigar al espíritu va dejando hondas huellas, jalones sobre que cimentar una nueva conducta moral. Aunque no sea más que por esto debeis saborear sus páginas, pues al terminarlas seguramente vivirán en el fondo de vuestras almas mil proyectos de enmienda, de renovación, traídos por sus lecturas.

James, contra lo que ahora se estila, es espiritualista convencido, y en toda su obra vive un vago misticismo adorable y bueno. El misticismo de los fuertes ante la inabordabilidad de los grandes problemas de todos los órdenes. Vivimos en pleno misterio y honradamente no es posible sustraerse al perfume que de él se desprende, piensen lo que quieran los cerradamente materialistas.

James, extendiendo sus ideas del terreno individual al colectivo, hace ingeniosas consideraciones que todo el mundo debe conocer. No retardeis un sólo día la lectura del libro de que os hablo, porque luego os mostrareis pro-

fundamente arrepentidos de haber desperdiciado el tiempo sin haber aprendido á respetar á vuestro prójimo, tal y como os lo predica James, con toda la vaga y profunda unción con que los antiguos profetas hacían sus sermones.

De dos partes constan «Los ideales de la vida»: la primera hállase dedicada á los jóvenes, la segunda á los maestros. Ambas son igualmente apreciables, pero la última puede tener una mayor utilidad para todos cuantos gusten cuidar de su higiene mental ó la de otros, porque facilita en alto grado el poder comprender la evolución intelectual del discípulo.

El principio de tolerancia que de toda la obra se desprende es verdaderamente consolador. Como Tolstoi, como Spir, como Emerson, como Ruyberg, como Meeterlin, como Nitzsche, James quiere alegrar nuestra vida haciéndonos ser clementes, bondadosos, disculpando ya que no justificando todas las faltas y pecados. Es, pues, éste un sabio humano y bondadoso que ha sabido ponerse á raíz de tierra y que nadie debe dejar de leer.

MARIA GONZÁLEZ PERUSA

AMOR VEDADO

En cuanto Máximo dejó arreglado á su gusto el modesto cuartito de estudiante, apilados los libros en la cuadrada mesa, colgada la pizarra en un lienzo de pared y renovada la tinta, sintió deseos de respirar un poco de aire libre tras el polvoroso tragín de la mudanza. Su madre trabajaba en el salón, dando en voz alta sus órdenes para el mejor arreglo y disposición de muebles y de cuadros. Habían mejorado de casa y de sitio. Ante los balcones se estendía el paseo público con sus bancos de madera pintada y sus estátuas de piedra, siempre lleno de rapaces vocingleros y de seres desocupados que tomaban el sol ó leían sentados el periódico. A espaldas de la casa tenían un pequeño jardín casi inculto y limitado por una

tapia de piedra ennegrecida y tan alta como el piso tercero.

No dejó de intrigar á Máximo el negrucho y desabrido murallón, pero atareadísimo en arreglar sus papeles y en resolver en el encerrado los problemas de la lección diaria, no pensó mucho en ello hasta el primer domingo, día subsiguiente al del traslado, en el que acabamos de verle disponiéndose á salir.

Hablaba su madre con la criada del desván y de la azotea. El primero era muy capaz, la segunda tenía magníficas vistas, según decía la buena señora mientras sacudía con unos zorros la sillería de yute; era cosa digna de verse.

Máximo pensó que lo mismo podría orearse en la terraza que en la calle, y comenzó á subir alegremente los anchos peldaños con la agilidad de piernas que posee todo mortal á la edad dichosa de dieciseis abriles.

Descorrió el cerrojo de la vieja puertecilla que daba acceso á la azotea y que gimió dolorosamente con grito prolongado, y puso el pié en el piso enladrillado con anchas baldosas, sintiendo en la cara el azote fresco del viento primaveral.

El día era espléndido, algo caluroso. El cielo, de un azul purísimo apenas empañado por alguna nubecilla blanca, lanzaba el resplandor que hierre la vista cuando le presta el sol sus haces de rayos. El espectáculo que se disfrutaba desde la terraza era efectivamente encantador. Máximo respiró á todo pulmón el aire vivificante de la mañana y se puso á observar atentamente lo que en su torno se ofrecía.

Estendiase abajo la ciudad con sus tejados pardos y llenos de verdín algunos. La torre gótica de la Catedral elevaba en el aire, como cortando el cielo, sus ojivales puntas de un color terroso. Otros campanarios de más modestas iglesias, menos elevados y de más simple arquitectura, dibujaban en el fondo azul los huecos de sus campanas, y la cúpula bronceada de otro templo quebraba en sus tejas la luz amarilla del sol; por otro lado estendíanse las huertas de desiguales trozos en que variaban todos los matices del verde, y á la derecha

el mar, de azul obscuro, sostenía alguna que otra barca de pesca con su vela latina, blanca como la nieve.

Volvió Máximo la vista y subió la ligera pendiente de la azotea en dirección contraria á la calle. Se acordó entonces del paredón ennegrecido que limitaba el estrecho jardín y la curiosidad le hizo asomarse ansioso á la baranda de piedra.

Terminaba la pared á pocos metros de la terraza. A los piés de Máximo, un abismo de cuarenta metros le permitía ver empuñados los rosales del jardín, manchados de puntitos sangrientos. Al otro lado de la pared había una huerta. Una verdadera huerta con sus cuatro bancales, plantados de coles los unos, de lechugas los otros; algunos naranjos en flor y una grande y añosa higuera elevaban sus ramas dentro de la vasta extensión de terreno, cercado por todas partes por tres tapias altísimas y sin ninguna puerta practicable. Por el lado derecho de aquel inmenso cuadrado veíase un gran edificio tan sombrío y vestuto como las tapias. Sus ventanas y balcones cerraban con espesas celosías de maderas entrecruzadas. En algún balcón se veían tiestos de barro llenos de flores. Un pozo de alta polea y una campana de regular tamaño ocupaban un ancho soportal silencioso, muy bien lavado y tranquilo como todo el resto del edificio. El silencio en el caserón era majestuoso y solemne; algunas palomas blancas ó pintadas de gris revoloteaban desde el tejado á la huerta, y en la higuera y en los naranjos seguían su cháchara eterna los gorrones atrevidos.

Máximo se quedó contemplando la casa y la huerta. Después murmuró á media voz:

—¿Qué será esto?

Era un convento de Trinitarias establecido entre aquellas cuatro paredes desde el siglo diez y seis y que tenía una pequeña capilla pública en una calle inmediata.

El mancebo detenía sus ojos en el caserón y los dejaba luego dirigirse á las lechugas de la huerta ó al revoloteo de las palomas. Un ligero ruido llamó su atención. Una de las celosías acababa de abrirse. Era un balcón

de los más próximos á la casa, balcón adornado con un hermosísimo rosal de encarnadas flores y una trepadora mata de jazmín que se enredaba por la blanca pared.

Apareció una mujer joven y airosa, vestida con una falda azul de grosera tela y atada al talle por un cordón blanco; la hermosa cabeza, pálida como el nácar, ceñíala una toca blanca y sobre ella ondeaba un gran manto negro. Se asomó completamente al balcón, descuidada, sin ocultar el rostro juvenil y sonriendo á las coles y á los pájaros; luego elevó al cielo sus ojos azules llenos de sombra. Máximo entrevió su pié calzado por un zapato negro y burdo como el borceguí de un soldado. Sus manos eran blancas y puras como las de una aparición. La religiosa olió una tras otra las cinco ó seis flores del rosal. Luego alzó los ojos en dirección á Máximo y vió á veinte metros de ella la embobada cara del estudiante. Desapareció entonces ligera como el relámpago, cerrando violentamente la celosía.

La voz de su madre que le llamaba para comer, le arrebató á su contemplación dos horas más tarde.

Aquella noche fué dulce para Máximo. Entre el profundo sueño de su florida juventud vió á la monjita sonriéndole...

Dos días después subía de nuevo á la terraza, armado de un martillo y un escoplo, que ocultó cuidadosamente en los bolsillos. Practicó un agujero irregular en el tabique de la barandilla que daba á la huerta. Tendido en tierra podía mirar por aquel agujero sin ser visto.

La mamá observó días después la desaparición de sus gemelos de teatro.

.

Y cuando por la noche pasa un ratito para «hacer compañía» á la respetable anciana el buenísimo don Ramón, cura de la vecina parroquia, la madre le dice con aire encantado:

—Mi chiquillo es muy juicioso; no anda por ahí con novias ni enredos ¡Ya ve usted, su única distracción, después que estudia, es subir un ratito al terrado..!



TEMBLEQUE

Este era el mote de un pobre anciano que padecía contracciones nerviosas que le hacían gesticular y hacer muecas ridículas que promovían la hilaridad de la gente.

Le conocí, hace pocos días, en un popular merendero donde hacía vida canina; comía las sobras de los parroquianos y descansaba en inmunda covacha de madera. A cambio de dicha *regalía* venía obligado á servir á todo el mundo y á sufrir los malos tratos del dueño y de la gente perdida que pasaba allí los siete días de la semana en juergas y francachelas.

Se me insinuó el hombre y supe que había sido albañil, que tuvo la desgracia de caer de un andamio y que del hospital salió en semejante estado.

Su relato me dió lástima. Pero más me conmovió lo que ví luego.

Estaba nuestro hombre apurando un plato de revuelto arroz cuando entró un grupo de juerguistas que se proponían, al parecer, pasar allí el día.

En actitud desvergonzada y tumultuosa rodearon al pobre Tembleque.

—¡Que baile! ¡Una copla! ¡Que cante, que cante!—exclamaron á coro empujando al viejo.

No tuvo más remedio.

Con tono cadencioso, mezcla de salmo religioso y de jipío flamenco, empezó á cantar sin poder concluir ni la primera estrofa. Los *graciosos* le vertieron encima un caldero de agua sucia.

Más se hubieran ensañado con el infeliz á no ser por el dueño del establecimiento que, bruscamente, le envió al pueblo próximo á por comestibles para aquella gente.

—Espere á que dé la última cucharada de arroz—se atrevió á balbucear.

—¡Enseguida, ladrón!—gritó el amo quitándole la silla y haciéndole caer con el contentamiento de los presentes.

Y á empellones y patadas salió, más que á escape, el pobre haciendo mil gestos.

Pero ¿en qué iban á entretenerse aquellos

vagos no estando allí el objeto de sus burlas?

Convinieron mientras tanto un *plan de batalla* para su vuelta.

Y lo llevaron á la práctica.

A su regreso lo montaron por fuerza encima de un asno que reposaba en lugar próximo, y una vez encima del burro, á fuerza de garrotazos hicieron que el animalito emprendiera vertiginosa carrera, en medio de una lluvia de tierra, cortezas de melón y otros *accesorios* que chocaban con el cuerpo del desgraciado Tembleque, entre las risotadas de los *chisiosos* ciudadanos.

Tropezó el burro, cayó en un arroyuelo con el *arrojado* ginete, y de allí sacaron á la víctima hecho una sopa y manando sangre de las narices.

No pude ver tanta maldad y salí de aquel sitio de ignominia, indignado al contemplar cómo hacía escarnio de aquel anciano venerable tanto maltrabaja, mofándose de quien sufría una desgracia por tanto trabajar...

ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales y sólo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

Precios de suscripción

Semestre.	2'50 ptas.
Trimestre.	1'25 »
Número suelto.	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe

Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo.—Valencia.

Valencia.—Imp. de J. Guix, Miñana, 7 y 9.